

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN ANTONIO MARÍA CLARET
APÓSTOL DE MARÍA**

LIMA – PERÚ

SANTA ANTONIO MARÍA CLARET, APÓSTOL DE MARÍA

Nihil Obstat
Padre Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: SU VIDA

1. Sus padres.
2. Infancia.
3. Adolescente.
4. Barcelona.
5. Deseo de ser cartujo.
6. Seminarista en Vic.
7. Sacerdote en su pueblo.
8. Viaje a Roma.
9. Entrada en la Compañía de Jesús.
10. Curando enfermos.
11. Misionero itinerante.
12. Los demonios.
13. Apostolado de la prensa.
14. Misión en Canarias.
15. Misioneros claretianos.
16. Consagración episcopal.
17. Viaje a Cuba.
18. Arzobispo de Cuba.
19. Renovación sacerdotal.
20. Terremotos y cólera.
21. Nuevas misiones.
22. Atentado.
23. Confesor de la reina.
24. Retiro de la Corte y regreso.
25. El exilio.
26. Última enfermedad y muerte.
27. Curaciones después de su muerte.

SEGUNDA PARTE: DONES ESPECIALES

1. Amor a Jesús.
2. Amor a María.
3. Santos de su devoción.
4. El ángel custodio.
5. Dones sobrenaturales. a) Perfume sobrenatural.
b) Resplandores sobrenaturales. c) Éxtasis.
d) Conocimiento sobrenatural. e) Agilidad.
f) Don de curación. g) Don de hacer milagros.
6. Para pensar.

7. Proceso de beatificación y canonización.

CRONOLOGÍA
CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de san Antonio María Claret es la vida de un misionero devorado por la sed de la salvación de las almas. Para realizar su misión, el Señor le concedió muchos dones sobrenaturales, entre ellos el de la curación de enfermos y el del conocimiento sobrenatural. Tenía frecuentes éxtasis y, a veces, lo veían rodeado de resplandores. Muchas veces habla en su Autobiografía que Jesús y la Virgen María se le aparecían. Recibió la gracia inmensa de la conservación milagrosa de las especies sacramentales dentro de sí, es decir, de poder ser un sagrario viviente y de poder llevar siempre consigo a Jesús sacramentado.

Su amor a María fue extremadamente grande. Todo lo hacía con ella y por ella. Al ser nombrado arzobispo, quiso llamarse, no sólo Antonio, sino Antonio María, en su honor. Fundó la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (misioneros claretianos) y las religiosas de María Inmaculada. Fue muy perseguido por los enemigos de la fe católica y todo lo ofreció con amor por la salvación de los pecadores y la salvación de España, por quien se había ofrecido como víctima.

Fue arzobispo de Santiago de Cuba durante seis años; y su obra pastoral fue tan extensa y eficaz que reformó las costumbres, reorganizó el Seminario e hizo la visita pastoral a todas las parroquias cuatro veces. Allí sufrió el atentado que casi le cuesta la vida. Al volver a España desde Cuba, fue nombrado confesor de la reina Isabel II, pero sus enemigos no cesaban en sus ataques y calumnias. En 1869 fue derrocada la reina, se instaló la República en España y él hubo de huir a Francia. Asistió al concilio Vaticano I, donde tuvo una intervención en favor de la infalibilidad del Papa y, al regresar a Francia, murió en el monasterio cisterciense de Frontfroide.

Su vida, entregada totalmente a Dios, es un ejemplo para nosotros, que debemos compartir nuestra fe en todo tiempo y lugar como verdaderos misioneros y discípulos de Jesucristo.

Nota.- Al citar *Proceso* nos referimos al Proceso informativo de Vic (en el cual están incluidos algunos testimonios del Proceso de Barcelona, Tarragona, Madrid, Lérida y Carasona); es el Processus informativus beatificationis et canonizationis servi Dei Antonii Mariae Claret et Clará, archiepiscopi Trajanopolitani in dioecesi Vicensi confectus. Proceso llevado a cabo en Vic (Barcelona) de 1887 a 1890.

Al citar A hacemos referencia a la *Autobiografía* del santo, seguida del número (no página) en que está dividido el libro.

PRIMERA PARTE SU VIDA

1. SUS PADRES

Vivían en el pueblo de Sallent, de unos dos mil habitantes, a 51 kilómetros de Barcelona en Cataluña (España). Un pueblo con muchos pequeños talleres textiles. Su padre tenía un taller que funcionaba en el bajo de la casa. Él dice en su Autobiografía: *Mis padres se llamaban Juan Claret y Josefa Clará, casados, honrados y temerosos de Dios y muy devotos del Santísimo Sacramento del altar y de María Santísima¹. Tuve muy buenos padres que de consuno (común acuerdo) con el maestro trabajaban en formar mi entendimiento con la enseñanza de la verdad y cultivaban mi corazón con la práctica de la religión y de todas las virtudes. Mi padre todos los días, después de haber comido, me hacía leer en un libro espiritual y por la noche nos quedábamos un rato de sobremesa y siempre nos contaba alguna cosa de edificación e instrucción al mismo tiempo, hasta la hora de ir a descansar². Mis padres y mi maestro, no sólo me instruyeron en las verdades que había de creer, sino también en las virtudes que había de practicar. Respecto a mis prójimos, me decían que nunca jamás había de coger ni desear lo ajeno y, si alguna vez hallaba algo, lo había de devolver a su dueño. Cabalmente un día, al salir de la escuela, al pasar por la calle que iba a mi casa, vi un cuarto (dinero) en el suelo, lo cogí y pensé de quién podría ser para devolvérselo, y, no viendo a nadie en la calle, pensé si habría caído de algún balcón de la casa de enfrente y subí a la casa, pregunté por el dueño de la casa y se lo entregué³.*

Me enseñaron la obediencia y resignación de tal manera que siempre estaba contento con lo que ellos hacían, disponían y me daban, tanto de vestido como de comida. No recuerdo haber dicho jamás: “No quiero esto, quiero aquello”⁴. Mi padre que era devotísimo del Santísimo Sacramento, en todo me daba un buen ejemplo⁵. Cuando después me hallaba solo en la ciudad de Barcelona, al ver oír cosas malas, me acordaba y me decía: “Esto es malo, debes huírlo; más bien debes dar crédito a Dios, a tus padres y a tu maestro, que a esos infelices que no saben lo que hacen ni lo que dicen⁶.

¹ A 3.

² A 25.

³ A 28.

⁴ A 29.

⁵ A 37.

⁶ A 27.

*¡Oh, cuánto me han servido a mí la instrucción del catecismo y los consejos y avisos de mis padres y maestros!*⁷.

2. INFANCIA

*Nos dice: Nací en la villa de Sallent, obispado de Vic, provincia de Barcelona (el 23 de diciembre de 1807). Fui bautizado en la pila bautismal de la parroquia de Santa María de Sallent, el día veinticinco de diciembre, día mismo de la Navidad del Señor del año de 1807... Me pusieron por nombre Antonio, Adjutorio, Juan. Mi padrino fue un hermano de mi madre, que se llamaba Antonio Clará y quiso que me llamara por su nombre de Antonio. Mi madrina fue una hermana de mi padre que se llamaba María Claret, casada con Adjutorio Canudas, y me puso por nombre el de su marido. El tercer nombre es Juan, que es el nombre mi padre; y yo después, por devoción a María Santísima, añadí el dulcísimo nombre de María (con ocasión de la consagración episcopal). Y así mi nombre es: Antonio María Adjutorio Juan Claret y Clará*⁸.

La divina Providencia siempre ha velado sobre mí de un modo particular. Mi madre siempre crió por sí misma a sus hijos, pero a mí no le fue posible por falta de salud; me dio a una ama de leche en la misma población, en donde permanecía día y noche. El dueño de la casa hizo una excavación demasiado profunda para formar una bodega más espaciosa; pero una noche en que yo no estaba en la casa, resentidos los cimientos por motivo de la excavación, se hincaron las paredes y se hundió la casa, quedando muertos y sepultados en las ruinas el ama de leche, que era la dueña de la casa, y cuatro hijos que tenía, y si yo me hubiese hallado en la casa por aquella noche, habría seguido la suerte de los demás. ¡Bendita sea la providencia de Dios!

Las primeras ideas de que tengo memoria son que cuando tenía unos cinco años, estando en la cama, en lugar de dormir, yo siempre he sido muy poco dormilón, pensaba en la eternidad, pensaba: “siempre, siempre, siempre”; yo me figuraba unas distancias enormes, a éstas añadía otras y otras, y al ver que no alcanzaba el fin, me estremecía, y pensaba: los que tengan la desgracia de ir a la eternidad de penas, ¿jamás acabarán el penar, “siempre” tendrán que sufrir? “¡Sí, siempre, siempre tendrán que penar!”.

Esto me daba mucha lástima, porque yo naturalmente soy muy compasivo; y esta idea de la eternidad de penas quedó en mí tan grabada, que, ya sea por lo tierno que empezó en mí, o ya sea por las muchas veces que

⁷ A 26.

⁸ A 3-6.

pensaba en ella, lo cierto es que es lo que más tengo presente. Esta misma idea es la que más me ha hecho y me hace trabajar aún, y me hará trabajar mientras viva en la conversión de los pecadores, en el púlpito, en el confesonario, por medio de libros, estampas, hojas volantes y conversaciones familiares⁹.

Apenas tenía seis años que ya mis amados padres me mandaron a la escuela. Mi maestro de primeras letras fue Don Antonio Pascual, hombre muy activo y religioso; nunca me castigó, ni reprendió, pero yo procuré no darle motivo: era siempre puntual, asistía siempre a las clases, trayendo siempre bien estudiadas las lecciones.

El catecismo lo aprendí con tanta perfección que lo recitaba siempre que quería de un principio al último sin ningún error. Otros tres niños también lo aprendieron como yo lo había aprendido, y el señor maestro nos presentó al señor cura párroco, que lo era entonces Don José Amigó, quien nos hizo decorar todo el catecismo entre los cuatro en dos domingos seguidos, y lo hicimos sin ningún error a la presencia del pueblo en la iglesia por la tarde, y en premio nos dio una hermosa estampa a cada uno, que siempre la guardamos¹⁰.

Desde muy pequeño me sentí inclinado a la piedad y a la religión. Todos los días de fiesta y de precepto oía la santa misa; los demás días siempre que podía; en los días festivos comúnmente oía dos, una rezada y otra cantada, a la que iba siempre con mi querido padre. No me acuerdo de haber jamás jugado, ni enredado ni hablado en la iglesia. Por el contrario, estaba siempre tan recogido, tan modesto y tan devoto, que, comparando mis primeros años con los presentes, me avergüenzo, pues con grande confusión digo que no estoy ni aún ahora, con aquella atención tan fija, con aquel corazón tan fervoroso que tenía entonces.

¡Con qué fe asistía a todas las funciones de nuestra santa religión! Las funciones que más me gustaban eran las del Santísimo Sacramento: en éstas, a las que asistía con una devoción extraordinaria, gozaba mucho. Tuve yo la suerte de que viniera a parar a mis manos un libro que se titula “Finezas de Jesús sacramentado” ¡Cuánto me gustaba! De memoria lo aprendía. Tanto era lo que me agradaba¹¹.

A los diez años me dejaron comulgar; pero yo no puedo explicar lo que por mí paso en aquel día en el que tuve la imponderable dicha de recibir por primera vez en mi pecho a mi buen Jesús. Y, desde entonces, siempre frecuenté

⁹ A 7-9.

¹⁰ A 22-23.

¹¹ Fue confirmado por monseñor Félix Amat, arzobispo de Palmira, el 12 de diciembre de 1814.

los santos sacramentos de la penitencia y comunión, pero ¡con qué fervor, con qué devoción y amor!...

Además de la santa misa, comunión frecuente y funciones de Exposición del Santísimo Sacramento, a las que asistía con tanto fervor por la bondad y misericordia de Dios, asistía también todos los domingos sin faltar jamás ni un día de fiesta al catecismo y explicación del santo Evangelio, que siempre hacía el cura párroco por sí mismo en todos los domingos, y, finalmente, se terminaba esta función por la tarde con el santísimo rosario...

Deseaba ser sacerdote para consagrarme día y noche a su ministerio, y me acuerdo que le decía al Señor: “Humanamente no veo esperanza ninguna, pero Vos sois tan poderoso, que, si queréis, lo arreglaréis todo. Y me acuerdo que con toda confianza me dejé en sus divinas manos, esperando que Él dispondría lo que se había de hacer, como en efecto así fue.

También vino a parar a mis manos un librito llamado “El Buen Día y la Buena Noche”. ¡Oh, con qué gusto y con qué provecho de mi alma leía yo aquel libro! Después de haberle leído un rato, lo cerraba, me lo apretaba contra el pecho, levantaba los ojos al cielo, arrasados en lágrimas, y exclamaba diciendo: “¡Oh, Señor, qué cosas tan buenas ignoraba yo! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, amor mío! ¡Quién siempre os hubiese amado!

Al considerar el bien tan grande que trajo a mi alma la lectura de libros buenos y piadosos es la razón por la que procuro dar con tanta profusión libros por el estilo, esperando que darán en mis prójimos, a quienes amo tanto, los mismos felices resultados que dieron en mi alma¹².

Cuando estaba en el templo, siempre que llegaba algún anciano, si yo estaba sentado en algún banco, me levantaba y con mucho gusto le cedía el lugar; por la calle los saludaba siempre y, cuando yo podía tener la dicha de conversar con alguno, era para mí la mayor satisfacción¹³.

Por estos mismos años de mi infancia y juventud, profesaba una devoción cordialísima a María Santísima... Desde muy niño me dieron unas cuentas o rosario que agradecí muchísimo, como si fuera la adquisición del mayor tesoro, y con él rezaba con los demás niños de la escuela, que, al salir de las clases por la tarde, todos formados en dos filas, íbamos a la iglesia, que estaba cerca, y todos juntos rezábamos una parte del rosario, que dirigía el maestro.

¹² A 36-42.

¹³ A 20.

Siendo aún muy niño, encontré en mi casa un libro que se titulaba el “Roser”, o el Rosal, en que estaban los misterios del rosario, con estampas y explicaciones análogas. Aprendí por aquel libro el modo de rezar el rosario con sus misterios, letanías y demás. Al advertirlo el maestro, quedó muy complacido y me hizo poner a su lado en la iglesia para que yo dirigiera el rosario. Los demás muchachos mayorcitos, al ver que con esto había caído en gracia del buen maestro, los aprendieron también, y en adelante nos fuimos turnando por semanas, de modo que todos aprendían y practicaban esta santísima devoción, que después de la misa es la más provechosa¹⁴.

3. ADOLESCENTE

A los doce años su padre le pone a trabajar en el taller familiar. Su primer trabajo fue el torno, donde cargaba las canillas que habían de introducirse en las lanzaderas de los telares. Sobre el torno colocaba un libro de forma que, mientras la mano derecha volteaba la manivela y la izquierda gobernaba el hilo, podía leer e instruirse. Un vecino suyo, que lo conoció, dice que tejía cada semana la mitad más de lo que entonces se acostumbraba¹⁵.

Él afirma: Como mi padre era fabricante de hilados y tejidos, me puso en la fábrica a trabajar. Yo obedecí sin decir una palabra, ni poner mala cara, ni manifestar disgusto. Me puso a trabajar y trabajaba cuanto podía, sin tener jamás un día de pereza, ni mala gana; y lo hacía todo tan bien como sabía para no disgustar en nada a mis queridos padres, que los amaba mucho y ellos también a mí.

La pena mayor que tenía era cuando oía que mis padres habían de reprender a algún trabajador porque no había hecho bien su labor. Estoy seguro de que sufría yo muchísimo más que el que era reprendido, porque tengo un corazón tan sensible que, al ver una pena, tengo yo mayor dolor que el mismo que la sufre.

En todas las clases de labores que hay en una fábrica completa de hilados y tejidos me ocupó mi padre, y por una larga temporada me puso, juntamente con otro joven, a dar la última mano a las labores que hacían los demás. Y, cuando teníamos que corregir a alguno, a mí me daba mucha pena y, sin embargo, lo hacía, pero antes observaba si había en aquella labor alguna cosa que estuviese bien, y por allí empezaba, haciendo el elogio de aquello, diciendo

¹⁴ A 43-45.

¹⁵ Aguilar Francisco de Asís, *Vida de Claret*, p. 411; Proceso apostólico de Vic, sesión 69.

que aquello estaba muy bien, sólo que tenía este y este defecto, que, corregidos aquellos defectillos, sería una labor perfecta¹⁶.

Cada día rezaba las tres partes del rosario, que también rezaban conmigo los demás trabajadores; yo dirigía y ellos respondían continuando el trabajo. Rezábamos una parte antes de las ocho de la mañana, y después se iban a almorzar; otra, antes de las doce, en que iban a comer; y otra, antes de las nueve de la noche, en que iban a cenar.

Además del rosario entero, que rezaba todos los días de labor, en cada hora del día rezaba un avemaría y las oraciones del “Angelus Domini” a su debido tiempo. Los días de fiesta pasaba más tiempo en la iglesia que en casa, porque apenas jugaba con los demás niños; sólo me entretenía en casa, y mientras estaba así, inocentemente entretenido en algo, me parecía que oía una voz, que me llamaba la Virgen para que fuera a la iglesia, y yo decía: “Voy”, y luego me iba.

Nunca me cansaba de estar en la iglesia, delante de María del Rosario, y hablaba y rezaba con tal confianza, que estaba bien creído que la Santísima Virgen me oía. Se me figuraba que desde la imagen, delante de la cual oraba, iba como una vía de alambre hasta el original, que está en el cielo; sin haber visto en aquella edad telégrafo eléctrico, yo me imaginaba como que hubiera un telégrafo desde la imagen al cielo. No puedo explicar con qué atención, fervor y devoción yo oraba, más que ahora.

Con muchísima frecuencia, desde muy niño, acompañado de mi hermana Rosa, que era muy devota, iba a visitar a la Virgen a un santuario de María Santísima llamado “Fussimaña”, distante una legua larga de mi casa. No puedo explicar la devoción que sentía en dicho santuario, y aun antes de llegar allí; al descubrir la capilla, ya me sentía conmovido, se me arrasaban los ojos de lágrimas de ternura, y empezábamos el rosario y seguíamos rezando hasta que llegábamos a la capilla. Esta devota imagen de “Fussimaña” la he visitado siempre que he podido, no sólo cuando niño, sino también cuando estudiante, sacerdote y arzobispo, antes de ir a mi diócesis.

Todo mi gusto era trabajar, rezar, leer y pensar en Jesús y en María Santísima; de aquí es que me gustaba mucho guardar silencio, hablaba muy poco, me gustaba estar solo para no ser estorbado de aquellos pensamientos que tenía, siempre estaba contento, alegre y tenía paz con todos; ni jamás reñí ni tuve pendencies con nadie, ni de pequeño ni de mayor.

¹⁶ A 31-33.

Mientras estaba yo en estos santos pensamientos, de repente me vino una tentación, la más terrible y blasfema, contra María Santísima. Esta sí que fue pena, la mayor que he sufrido en mi vida. Habría preferido estar en el infierno para librarme de ella. No comía ni dormía, ni podía mirar su imagen. ¡Oh qué pena! Me confesaba, pero, como era tan jovencito, yo no me sabía explicar bien, y el confesor desechaba lo que yo le decía, no le daba importancia, y yo quedaba con la misma pena que antes. ¡Oh, que amargura! Duró esta tentación hasta que el Señor se dignó por sí mismo remediarme.

Después tuve otra contra mi buena madre, que me quería mucho, y yo también a ella. Me vino un odio, una aversión contra ella muy grande, y yo, para vencer aquella tentación, me esmeraba en tratarla con mucho cariño y humildad. Y me acuerdo que cuando me fui a confesar, al dar cuenta a mi Director de la tentación que sufría y de lo que hacía para vencerla y superarla, me preguntó: “¿Quién te hay dicho que practicases estas cosas? Yo le contesté: “Nadie”. Entonces me dijo: “Dios es quien te enseña, hijo; adelante, sé fiel a la gracia”.

Delante de mí no se atrevían a hablar malas palabras ni tener malas conversaciones. En cierta ocasión me hallaba en una reunión de jóvenes, por casualidad, porque yo regularmente me apartaba de tales reuniones, pues que no se me ocultaba el lenguaje que se usa en tales reuniones, y me dijo uno de los mayores de aquellos jóvenes: “Antonio, apártate de nosotros, que queremos hablar mal”. Yo le di las gracias por el aviso que me daba y me fui, sin que jamás me volviese a juntar con ellos¹⁷.

4. BARCELONA

Antonio llegó a Barcelona a comienzos de 1825 con 17 años. Barcelona era una gran ciudad del norte este de España con unos 100.000 habitantes. Era una ciudad progresista y moderna. Tenía alumbrado a gas y muchas máquinas industriales para la confección de tejidos. Antonio, deseoso de adelantar en el conocimiento de la fabricación, le había pedido a su padre ir a estudiar a Barcelona. Su padre se lo concedió y él fue con su hermano Juan. Allí estará hasta los veintidós años y tendrá que superar muchas dificultades, especialmente de orden moral. En Barcelona había muchos liberales, contrarios la religión.

El propietario de la fábrica donde se colocó era liberal empedernido y, en la quema de conventos de 1835, fue un capitán de milicianos. Por otra parte, sus compañeros de fábrica blasfemaban como la cosa más natural del mundo.

¹⁷ A 46-53.

Allí en Barcelona pone todo su empeño en aprender en la fábrica de tejidos *Dels vigatans*. A la vez que trabaja, estudia y aprende dibujo. Ganó tres premios de dibujo y aprendió tanto que su nombre salió en la prensa por considerarlo un pequeño genio de la industria textil.

Él mismo nos dice: *Además de dibujo, me puse a estudiar gramática castellana y después la francesa, dirigiendo todos estos trabajos y estudios al objeto de adelantar en el comercio y en la fabricación. De cuantas cosas he estudiado y en cuantas me he aplicado durante la vida, de ninguna he entendido tanto como de la fabricación. Cabalmente en la Casa en que trabajaba había libros de muestras que cada año salían de París y Londres, y todos los años se los hacían venir para estar al corriente de cuanto se adelantaba. Dios me ha dado tanta inteligencia en esto, que no tenía más que analizar una muestra cualquiera, que al instante trazaba el telar con todo su aparato, que daba el mismísimo resultado, y aún, si el dueño quería, se hacían mejores.*

En un principio algo me costaba, pero con la aplicación de día y noche y de día de trabajo y de día de fiesta, (en lo que era permitido, como estudiar, escribir y dibujar), salí aprovechado. ¡Ojalá que así me hubiese aplicado a la virtud! Cuando después de mucho discurrir, acertaba a la descomposición y composición de la muestra, sentía un gozo, experimentaba una satisfacción, que andaba por casa como loco de contento. Todo esto lo aprendí sin maestro; antes bien, en lugar de enseñarme el modo de entender las muestras y remendarlas perfectamente, me lo ocultaban.

En cierto día, yo pregunté al mayordomo de la fábrica si aquella muestra que los dos teníamos en las manos se haría de esta o de esta manera; él tomó el lápiz y marcó la manera en que se había de componer el telar para ello; yo me callé y le dije que, si no lo tenía a mal, lo estudiaría, y al efecto me llevé a mi casa la muestra y el aparato que había trazado. Y a los pocos días le presenté el dibujo del aparato necesario para producir aquella muestra, haciéndole ver al mismo tiempo que el aparato que él había trazado no produciría aquella muestra, sino otra cosa que yo le señalé. El mayordomo quedó confundido y admirado al ver mis dibujos y al oír mis razones y explicaciones...

Se extendió por Barcelona la fama de la habilidad que el Señor me había dado en la fabricación. De aquí es que algunos señores llamaron a mi padre y le dijeron que sería del caso que formásemos una compañía y pusiésemos una fábrica a nuestra cuenta. Esta idea halagó muchísimo a mi padre, porque contribuía al mayor desarrollo de la fábrica que ya tenía; me habló y me propuso las ventajas que resultarían y la fortuna que me convidaba.

¡Pero cuán inescrutables son los juicios de Dios! Al paso que a mí la fabricación me gustaba tanto y había en ella hecho los progresos que he dicho, no me supe resolver; sentía interiormente una repugnancia en fijarme y hacer que mi padre comprometiera intereses. Le dije que me parecía que aún no era tiempo, que yo era muy joven, y además, siendo pequeño, los trabajadores no se dejarían gobernar por mí. Me contestó que esto no me diera cuidado, porque otro ya gobernaría los trabajadores; que yo sólo tendría que ocuparme de la parte directiva de la fabricación... También me excusé diciendo que después ya veríamos, que por ahora no me sentía inclinado. Y, a la verdad, fue esto providencial. Cabalmente, yo nunca me había opuesto a los designios de mi padre. Esta fue la primera vez que yo no hice su voluntad, y fue porque la voluntad de Dios quería de mí otra cosa, me quería eclesiástico y no fabricante, aunque yo en este tiempo no lo conocía ni pensaba en ello...

En los tres primeros años que estuve en Barcelona me resfrié mucho en el fervor que tenía cuando estaba en mi patria. Es verdad que recibía los santos sacramentos algunas veces entre el año, que todos los días de fiesta y de precepto oía misa y cada día rezaba a María Santísima el santo rosario y algunas otras devociones; pero no eran tantas ni tan fervorosas como antes. Todo mi objeto, todo mi afán, era la fabricación. Por más que diga, no lo encareceré bastante; era un delirio el que yo tenía por la fabricación. ¿Y quién lo habría de decir que esta afición tan extremada era el medio de que Dios se había de valer para arrancarme del amor a la fabricación?

A los últimos días del año tercero de hallarme en Barcelona tan aficionado como he dicho, al asistir en los días de precepto a la santa misa, tenía un trabajo grande en desvanecerme de los pensamientos que me venían, pues que, si bien que a mí me gustaba muchísimo pensar y discurrir sobre aquellas materias, pero durante la misa y demás devociones no quería, las apartaba, les decía que después ya me ocuparía de ellas, pero que ahora quería pensar en lo que hacía y rezaba. Eran inútiles mis esfuerzos, a la manera que una rueda que anda muy aprisa, que repentinamente no se puede detener. Para mayor tormento, durante la misa me venían ideas nuevas, descubrimientos, etc.; por manera que durante la misa tenía más máquinas en la cabeza que santos había en el altar.

En medio de esta barahúnda de cosas, estando oyendo la santa misa, me acordé de haber leído desde muy niño aquellas palabras del Evangelio: “¿De qué le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo, si finalmente pierde su alma?”. Esta sentencia me causó una profunda impresión. Fue para mí una saeta que me hirió el corazón; yo pensaba y discurría qué haría, pero no acertaba.

Me hallé como Saulo por el camino de Damasco; me faltaba un Ananías que me dijese lo que había de hacer. Me dirigí a la Casa de San Felipe Neri, di una vuelta por los claustros y vi un cuarto abierto; pedí permiso y entré, y hallé a un hermano llamado Pablo, muy humilde y fervoroso, y le referí sencillamente mi resolución. Y el buen hermano me oyó con mucha paciencia y caridad, y con toda humildad me dijo: “Yo soy un pobre lego; no soy yo quien le ha de aconsejar; yo le acompañaré a un padre muy sabio y muy virtuoso, y él le dirá lo que debe hacer”. En efecto, me condujo al padre Amigó. Me oyó y celebró mi resolución, y me aconsejó que estudiase latín, y le obedecí.

Se despertaron en mí los fervores de piedad y devoción, abrí los ojos, y conocí los peligros por donde había pasado de cuerpo y alma. Referiré brevemente algunos.

En aquel verano último, la Santísima Virgen me preservó de ahogarme en el mar. Como trabajaba mucho, en los veranos lo pasaba muy mal, perdía enteramente el apetito, y hallaba algún alivio con irme a la mar, lavarme los pies y beber algunos sorbos de aquella agua. Un día que a este intento fui a la “mar vieja”, que llaman, tras la “Barceloneta”, hallándome en la orilla del mar, se alborotó de repente, y una grande ola me llevó, y después de aquella, otra y me vi de improviso muy mar adentro, y me causaba admiración al ver que flotaba sobre las aguas sin saber nadar, y, después de haber invocado a María Santísima, me hallé en la orilla del mar, sin haber entrado en mi boca ni una gota de agua. Mientras me hallaba en el agua estaba con la mayor serenidad; pero después, cuando me hallé en la orilla, me horripilaba el pensar el peligro del que había escapado por medio de María Santísima.

De otro peligro peor me había también librado María Santísima por el estilo del casto José. Hallándome en Barcelona, iba alguna que otra vez a visitar a un compatriota mío. Con nadie de la casa hablaba sino con él, que al llegar me dirigía a su cuarto y con él únicamente me entendía; pero me veían siempre al entrar y salir. Yo entonces era jovencito, y si bien es verdad que yo mismo me ganaba el vestido, me gustaba vestir, no diré con lujo, pero sí con bastante elegancia, quizá demasiada. ¿Quién sabe si el Señor me pedirá cuenta de esto en el día del juicio? Un día fui a la misma casa y pregunté por el compatriota. La dueña de la casa, que era una señora joven, me dijo que lo esperase, que estaba para llegar. Me esperé un poco, y luego conocí la pasión de aquella señora, que se manifestó con palabras y acciones, y yo, habiendo invocado a María Santísima y forcejeando con todas mis fuerzas, escapé de entre sus brazos, me salí corriendo de la casa y nunca jamás quise volver, sin decir a nadie lo que me había ocurrido, a fin de no perjudicar su honor.

Todos estos golpes me daba Dios para despertarme y hacerme salir de los peligros del mundo; pero aún fue preciso otro más fuerte, y fue el siguiente: Un joven como yo me invitó a que hiciese una Compañía con él de intereses. Condescendí. Empezamos en poner a la lotería. Teníamos bastante suerte. Como yo estaba siempre tan ocupado en mis cosas, apenas podía hacer otra cosa que ser el depositario. Él tomaba los billetes y yo los guardaba. El día del sorteo se los entregaba y me decía lo que habíamos sacado. Y como tomábamos muchos billetes, en cada jugada sacábamos, y a veces cantidades de grande consideración. Separábamos lo que se necesitaba para tomar más billetes y lo restante se ponía en manos de los comerciantes al seis por ciento, con los recibos correspondientes, y yo los guardaba todos, que era lo único que hacía; todas las demás diligencias corrían a cuenta del compañero.

Ya eran muchos los recibos que tenía, de modo que formaban una suma de consideración; cuando he aquí que un día me viene diciendo que uno de nuestros billetes había sido premiado de veinticuatro mil duros, pero que, cuando iba a cobrar, había perdido el billete. Y dijo verdad que lo había perdido, porque se lo había jugado y lo había perdido; y no sólo aquel billete, sino que además fue a mi cuarto en hora en que yo no estaba, descerrajó mi cofre y se llevó todos los recibos que tenía guardados de la Compañía. Además se llevó el dinero de mi particular peculio, se me llevó los libros y la ropa, y la puso en una prendería por cierta cantidad que le prestaron, y todo lo perdió en el juego, y finalmente, deseoso de desquitarse, no teniendo más que jugar, desesperado, se fue a una casa en que tenía entrada y se llevó unas joyas de la señora de dicha casa y se las vendió; se fue al juego y también perdió.

Entre tanto la señora halló a faltar sus joyas y pensó que aquel fulano las había robado; dio parte a la autoridad, cogieron al ladrón, confesó su delito, le siguieron la causa y salió condenado a dos años de presidio. No es posible explicar el golpe que me dio este percance; no la pérdida de los intereses, que eran muchos, sino el honor. Pensaba: “¿Qué dirá la gente? Se creerá que tú eres cómplice de sus juegos y robos. ¡Ay! ¡Un compañero tuyo en la cárcel! ¡En presidio!...”. Era tanta la confusión y vergüenza, que apenas me atrevía a salir por la calle. Me parecía que todos me miraban y que todos hablaban y se ocupaban de mí.

¡Oh Dios mío! ¡Cuán bueno y admirable habéis sido para mí!¹⁸.

¹⁸ A 57-76.

5. DESEO DE SER CARTUJO

Desengañado, fastidiado y aburrido del mundo, pensé dejarle y huirme a una soledad, meterme cartujo; y a este objeto y fin hacía yo mis estudios. Consideré que habría faltado a mi deber si no hubiese participado a mi padre, y, en efecto, se lo dije en la primera ocasión que tuve, en una de las muchas veces que iba a Barcelona por razón del comercio. Grande fue el sentimiento que tuvo cuando le dije que quería dejar la fabricación, el grande negocio que ambos podíamos hacer, y creció de punto su pena cuando le dije que me quería hacer fraile cartujo.

Como era tan buen cristiano, me dijo: “Yo no quiero quitarte la vocación. Dios me libre; piénsalo bien y encomiéndalo a Dios y consúltalo bien con tu Director espiritual, y, si te dice que es ésta la voluntad de Dios, la acato y la adoro, por más que lo sienta en mi corazón; sin embargo, si fuera posible que en lugar de meterte fraile fueras sacerdote secular, me gustaría. Con todo, hágase la voluntad de Dios”¹⁹.

Por medio del cobrador de las rentas del obispado de Vic, que era suegro de su hermano Juan, conoció al obispo, quien lo citó para una entrevista. De aquí tomó la decisión de entrar al Seminario de Vic como externo. Era el 29 de setiembre de 1829, con 21 años. Vivió como criado en la casa del padre Fortunato Bres, del que dirá que era *muy bueno y me quería muchísimo*²⁰.

Mientras le ayudaba en la casa, estudiaba, siempre pensando en la Cartuja. Al terminar el primer año del Seminario como externo, decidió irse a la Cartuja de Monte Alegre, a 12 kilómetros de Barcelona, para pedir el ingreso. Dice: *Emprendí el viaje para Barcelona y luego para Badalona y Monte Alegre, cuando he aquí que, poco antes de llegar a Barcelona, vino una turbonada tan deshecha que espantaba. Para cobijarnos del gran chaparrón que caía, echamos a correr, y así, por la fatiga del correr y del vaho que se levantaba de la tierra seca y caliente, me dio una sofocación muy grande y pensé: “¡Quizá Dios no quiere que vaya a la Cartuja!”. Lo cierto es que no tuve resolución para ir allá y me fui a Vic... Pasado el primer año de filosofía, ya no pensé más en ser cartujo y conocí que aquella vocación había sido no más que temporal, que el Señor me llevaba más lejos para destetarme de las cosas del mundo y así, desprendido de todas ellas, me quedara en el estado clerical, como el Señor me lo ha dado a entender después²¹.*

¹⁹ A 77-78.

²⁰ A 84.

²¹ A 89.93.

6. SEMINARISTA EN VIC

Antonio María media 1.57 m., centímetros más o menos. Era más bien gordito sin llegar a ser obeso. La nariz ancha y las manos blancas; cabellos espesos y castaños. Tenía una mirada serena y profunda. Su hablar era mesurado, cálido y sincero, y se notaba que tenía un carácter fuerte y valiente.

A sus 21 años ya era seminarista externo en Vic. Dice: *Me confesaba y comulgaba cada semana, y, después de algún tiempo, el Director me hacía confesar dos veces y comulgar cuatro en todas las semanas. Cada día servía la misa al señor mayordomo Don Fortunato Bres. Cada día tenía media hora de oración mental, visitaba al Santísimo Sacramento en las Cuarenta Horas, y también visitaba la imagen de María Santísima del Rosario en la iglesia de los PP. dominicos de la misma ciudad, por más que lloviera. Y, aunque las calles estuviesen llenas de nieve, nunca omití las visitas del Santísimo Sacramento y de la Virgen María... Con estas prácticas de devoción me volvía a enfervorizar, sin aflojar en el estudio, al que me aplicaba cuanto podía, dirigiéndolo siempre con la más pura y recta intención que podía*²².

El año 1830, con 22 años, recibe un beneficio en su pueblo de Sallent. Era el beneficio vacante del *monjo*, que equivalía a sacristán mayor. Anteriormente la obligación era de adornar el templo, tocar las campanas, preparar para las celebraciones litúrgicas, etc. Cuando él recibió el beneficio casi su única obligación era rezar el Oficio divino. Para recibir el beneficio recibió del obispo la tonsura (corte de cabellos para los aspirantes a sacerdotes) con la obligación de llevar sotana. Él declara: *Desde el día en que tomé posesión del beneficio, vestí siempre hábitos talarés y, desde ese mismo día, tuve que rezar el Oficio divino*²³.

Siguió viviendo en Vic y estudiando en el Seminario. Y él cuenta que, estando ya en segundo de filosofía, tuvo una gravísima tentación contra la pureza. Lo refiere así: *En invierno tuve un resfriado o catarro; me mandaron guardar cama; obedecí. Y un día de aquellos, que me hallaba en cama, a las diez y media de la mañana, experimenté una tentación muy terrible. Acudía a María Santísima, invocaba al ángel santo de mi guarda, rogaba a los santos de mi nombre y de mi especial devoción, me esforzaba en fijar mi atención en objetos indiferentes para distraerme y así desvanecerme y olvidar la tentación, me signaba la frente a fin de que el Señor me librara de malos pensamientos. Pero todo en vano.*

²² A 86-87.

²³ A 90.

Finalmente, me volví del otro lado de la cama para ver si así se desvanecía la tentación, cuando he aquí que se me presenta María Santísima, hermosísima y graciosísima; su vestido era carmesí, el manto, azul, y entre sus brazos vi una guirnalda muy grande de rosas hermosísimas. Yo en Barcelona había visto rosas artificiales y naturales muy hermosas, pero no eran como éstas. ¡Oh qué hermoso era todo! Al mismo tiempo que yo estaba en la cama, y en ese momento boca arriba, me veía yo mismo como un niño blanco hermosísimo, arrodillado y con las manos juntas; pero no perdía de vista a la Virgen Santísima, en quien tenía fijos mis ojos, y me acuerdo bien que tuve este pensamiento: “Es mujer y no te da ningún mal pensamiento; antes bien, te los ha quitado todos”. La Santísima Virgen me dirigió la palabra y me dijo: “Antonio, esta corona será tuya, si vences”. Yo estaba tan preocupado que no acertaba a decirle ni una palabra. Y vi que la Santísima Virgen me ponía en la cabeza la corona de rosas que tenía en la mano derecha.

Vi, además, un grupo de santos que estaba a mi mano derecha en ademán de orar; no les conocí; sólo uno me pareció san Esteban (patrono de Sallent). Yo creí entonces, y aun ahora estoy en esto, que aquellos santos eran mis patronos, que rogaban e intercedían por mí para que no cayera en la tentación. Después, a mi mano izquierda, vi una grande muchedumbre de demonios que se pusieron formados como los soldados que se repliegan y forman después que han dado una batalla, y yo me decía: “¡Qué multitud y qué formidables!”. Durante todo esto yo estaba como sobrecogido, ni sabía lo que me pasaba, y tan pronto como esto pasó, me hallé libre de la tentación y con una alegría tan grande, que no sabía lo que por mí había pasado.

Yo sé de fijo que no dormía, ni padecía vahídos de cabeza, ni otra cosa que me pudiese producir una ilusión semejante. Lo que me hizo creer que fue una realidad y una especial gracia de la Virgen María es que en el mismo instante quedé libre de la tentación y por muchos años estuve sin ninguna tentación contra la castidad y, si después ha venido alguna, ha sido tan insignificante, que ni merece el nombre de tentación. ¡Gloria a María! ¡Victoria de María!²⁴.

²⁴ A 95-98.

7. SACERDOTE EN SU PUEBLO

En otoño de 1832 comenzó sus estudios de teología. Sus Superiores hablan de sus buenas calificaciones, con una capacidad intelectual superior a la media. El obispo, que veía en él algo especial, diferente de los otros seminaristas, decidió ordenarlo sacerdote dos años antes de lo previsto. El 20 de diciembre de 1834 lo ordenó de diácono y el 13 de junio de 1835 fue ordenado sacerdote. Como el obispo de Vic estaba enfermo en la fecha fijada, lo ordenó el obispo de Solsona, fray Juan José de Tejada. Él nos dice: *Antes de la ordenación de sacerdote hice cuarenta días de ejercicios espirituales. Nunca he hecho unos ejercicios con más pena ni tentación; pero quizá de ninguno he sacado más y mayores gracias, como lo conocí el día que canté la primera misa, que fue el día 21 de junio, día de San Luis Gonzaga, patrón de la Congregación, así como la ordenación fue el día de San Antonio, día de mi santo patrón.*

Canté la primera misa en mi patria con gran satisfacción de mis parientes y de toda la población. El día de Santiago fui examinado y me dieron licencia de predicar y confesar. El día dos de agosto, día de la Porciúncula, fue el día en que empecé a confesar, y estuve confesando seis horas seguidas, desde las cinco a las once de la mañana. El primer sermón que hice fue en el mes de setiembre del mismo año en la fiesta principal de mi patria, en que hice el panegírico del santo patrón de la población (San Esteban), y al día siguiente hice otro sermón de los difuntos de la población, con admiración de todos mis compatriotas²⁵.

Lo nombraron teniente cura (coadjutor) de la parroquia de Sallent, mientras seguía estudiando para terminar sus estudios teológicos. Y dice: *A los dos años de teniente cura, quiso el Superior que fuese cura ecónomo por haberse retirado el que antes había por causas políticas, y quedé solo en el ministerio.*

El plan de vida que seguía era el siguiente. Todos los años hacía los santos ejercicios espirituales por diez días, cuya práctica he seguido siempre desde que empecé en el Seminario. Cada ocho días me reconciliaba. Ayunaba los viernes y sábados, y tres días a la semana tomaba disciplina, esto es, el lunes, miércoles y viernes, y otros tres días que eran el martes, el jueves y el sábado me ponía el cilicio.

Todos los días antes de salir del aposento tenía la oración mental, solo, porque me levantaba muy de mañana y por la noche la tenía con mi hermana María, que es terciaria (del Carmelo o carmelita de la Caridad), y el criado que era un hombre anciano, que éramos las tres únicas personas que había en el

²⁵ A 102-103.

curato. Además de la oración mental que teníamos los tres, rezábamos también el rosario.

Predicaba todos los domingos y fiestas, como tiene dispuesto el concilio de Trento, con la sola diferencia de que en los domingos de Adviento, Cuaresma y fiestas principales predicaba en la misa, y en los demás domingos lo hacía por la tarde, después de la enseñanza del catecismo, que había en todos los domingos del año sin dejar ni uno.

Además de la enseñanza en la iglesia del catecismo, lo hacía también todos los días de la Cuaresma de las dos a las tres de la tarde para las niñas en la iglesia, y para los niños de las siete a las ocho de la noche en la casa rectoral.

Todos los días celebraba la misa muy temprano, y luego me ponía en el confesonario y no me levantaba mientras había gente. Todos los días por la tarde daba una vuelta por las calles principales de la población, y singularmente por las calles en que había enfermos, a los que siempre visitaba cada día, desde el Viático hasta que morían, o se ponían sanos.

Nunca entraba de visita en ninguna casa particular, ni de mis parientes, que tenía muchos en la población: a todos amaba y servía igualmente, tanto si eran pobres como ricos, tanto parientes como extraños, tanto si eran del país como forasteros, que por razón de la guerra había muchos. De día, de noche, en invierno y verano, siempre estaba pronto para servirles. Salía con mucha frecuencia a las muchas casas que hay de campo. Yo trabajaba cuanto podía, y la gente correspondía, se aprovechaba y me amaba muchísimo²⁶.

8. VIAJE A ROMA

En el desempeño de su ministerio parroquial estaba contento. Sus paisanos, en general, lo querían mucho, aunque no faltaban algunos grupos de descontentos, radicalizados políticamente, con ideas anticristianas. Él, por su parte, no se sentía realizado, tenía deseos más universales y quería predicar la palabra de Dios a todo el mundo. Deseaba inscribirse en *Propaganda Fide* para que lo mandaran a las misiones lejanas; y para ello planeó irse a Roma.

Él escribe: *En muchas partes de la santa Biblia sentía la voz del Señor que me llamaba para que saliera a predicar. En la oración me pasaba lo mismo. Así es que determiné dejar el curato e irme a Roma y presentarme a la*

²⁶ A 106-111.

*Congregación de Propaganda Fide para que me mandase a cualquier parte del mundo*²⁷.

*Muchas y grandes fueron las dificultades que tuve que vencer y superar de parte del Superior eclesiástico y de la población para poder salir de la parroquia, pero con la ayuda de Dios salté*²⁸.

Se dirigió a Francia para llegar a Marsella y embarcarse para Roma. Él cuenta una aventura con una persona que muchos autores consideran su ángel de la guarda. Afirma: *Al llegar a Marsella, un sujeto se juntó conmigo por el camino. Me llevó a una casa en que estuve muy bien durante los cinco días que tuve que estar en Marsella para esperar embarcación. Al día siguiente, al salir de casa para ir al cónsul español, para que me refrendara el pase, al primero que encontré le pregunté por la calle en que me habían dicho que vivía el cónsul, y este mismo señor a quien pregunté, no sólo me dijo la calle, sino que, al verme solo, tuvo la amabilidad de venirme a acompañar. Él habló por mí y me despacharon muy bien y me volvió a acompañar a mi posada; y en todos aquellos cinco días, mañana y tarde, me venía a buscar a mi cuarto y me acompañaba a visitar las iglesias, camposanto y todo lo más precioso que hay en aquella población en materia de religión, pues que de edificios y cosas profanas ni siquiera me habló jamás.*

*Finalmente, llegó la hora de la embarcación, que fue la una de la tarde. Un poco antes se presentó en mi cuarto, cogió mi hatillo y de todos modos lo quiso llevar, y así, los dos solitos, nos dirigimos al puerto y frente al buque nos despedimos; pero todos aquellos cinco días estuvo conmigo tan fino, tan atento, tan amable y tan ocupado de mí, que parecía que su gran Señor le enviaba para que me cuidara con todo esmero; más parecía ángel que hombre; tan modesto, tan alegre y grave al mismo tiempo, tan religioso y devoto, que siempre me llevaba a los templos, cosa que a mí me gustaba mucho; nunca me habló de entrar en ningún café ni cosa semejante, ni jamás le vi comer ni beber, porque a estas horas se iba y me dejaba y luego volvía*²⁹.

A la una de la tarde (del 1 de octubre de 1839) me embarqué (en el vapor Tancrede). Como mi viaje a Roma no era por recreo, sino para trabajar y sufrir por Jesucristo, consideré que debía buscar el lugar más humilde, más pobre y donde tuviese más oportunidad de sufrir. Al efecto, pagué el flete de andar sobre cubierta y a la parte de la proa, que es el lugar más pobre y barato de la embarcación. Después de haberme retirado solo a rezar el rosario y demás

²⁷ A 120.

²⁸ A 121.

²⁹ A 127-128.

devociones, busqué un puesto para descansar un poco y no hallé otro más a propósito que un montón de cuerda enrollada, en que me senté, y descansé la cabeza sobre un cañón de artillería que estaba en la tronera del lado del buque...

Estando ya descansando, se levantó tan recia tempestad, que el agua entraba dentro del buque. Yo, sin moverme, sentado sobre aquella rueda o montón de cuerda, me puse el capote encima de la cabeza, y el hatillo con la provisión y sombrero encima del regazo arrimado al cuerpo, teniendo la cabeza un poco inclinada por delante a fin de que se escurriese el agua, que me venía encima, de las olas que se estrellaban contra el buque. Así es que cuando oía el golpe de la ola yo inclinaba la cabeza, daba la espalda y me caía encima el agua.

Así pasé toda la noche hasta el amanecer en que vino la lluvia y calmó la tempestad, y, si antes me había mojado con el agua del mar, después me mojé con el agua dulce de la lluvia. Todo mi equipaje consistía en una camisa, un par de medias, un pañuelo de sonarme, la navaja de afeitarme y un peine, el breviario y la santa biblia de un volumen muy pequeño. Mas como a los que van encima de cubierta, no se les da nada de comida... mi provisión consistía en una torta de pan de alguna libra y un pedazo de queso. Esta fue toda mi provisión para los cinco días de embarcación de Marsella a Civitavecchia, entre las escalas que hicimos y las tempestades que tuvimos. Y como la tempestad fue tan larga y fuerte, cayó mucha agua encima, de modo que me caló todo el capote y me mojé el pan y el queso, y así lo tuve que comer, y no obstante de estar muy salado, como tenía bastante hambre, me sabía muy bien.

Al día siguiente, calmada la tempestad y secada la lluvia, saqué el breviario y recé los maitines y horas menores. Concluido el rezo, se me acercó un señor inglés, que me dijo que era católico y que amaba a los sacerdotes católicos, y después de haber hablado un rato se fue a su camarote y al cabo de poco vi que venía hacia mí con un plato en que traía una porción de duros. Yo, al verle venir, pensé: “¿Qué vas a hacer? ¿Aceptarás o no ese dinero?”. Y me dije entre mí: “Tú no lo necesitas, pero ya lo necesitan aquellos infelices españoles, y así los aceptarás y se los repartirás”. Y, en efecto, así lo hice; los acepté, le di las gracias y fui a repartir aquellos duros entre aquellos infelices, que al instante se fueron a la cocina y compraron y comieron cuanto habían menester.

Otros señores viajeros hicieron lo mismo; también me dieron, y yo todo se lo repartí entre ellos, por manera que yo no me quedé un maravedí para mí, siendo así que para mí me lo daban, ni comí un bocado de lo que ellos habían comprado para comer; me contenté con mi pan mojado de agua del mar. Aquel

señor inglés, al verme a mí tan pobre y desprendido y que aquellos comían de lo que habían comprado con el dinero que yo les había distribuido y que yo no comía nada, manifestó quedar tan edificado, que me vino a decir que él se desembarcaría en Liorna y que, después, por tierra iría a Roma, y en un papel me dio escrito su nombre y el Palacio adonde iba a vivir, y que fuese a verle y que me daría cuanto necesitase³⁰.

9. ENTRADA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Antonio llega a Roma después de cinco días de navegación y se dirige a las oficinas de *Propaganda Fide*. Le dicen que el cardenal prefecto está de vacaciones y que estaría fuera todo el mes de octubre. Él dice: *Yo creí que aquello era providencial a fin de que tuviese tiempo para hacer los ejercicios espirituales que cada año hacía desde que era estudiante, y este año aún no los había podido hacer por razón del viaje.*

Al efecto, me dirigí a un padre de la casa profesa de la Compañía de Jesús, me alabó el pensamiento de hacer los ejercicios y me entregó el libro de los “Ejercicios de San Ignacio” por el cual los había de hacer; me dio los consejos que creyó necesarios y empecé los ejercicios. En los días que él me señaló le daba cuenta de mi espíritu, y a los últimos días me dijo: “Ya que Dios Nuestro Señor le llama a las misiones extranjeras, mejor sería que usted se agregara a la Compañía de Jesús; que por medio de ella sería enviado y acompañado; que no así andar solo, que es cosa muy expuesta”. Yo le respondí que “para mí bien conocía que sería mejor; pero ¿qué hago yo para que la Compañía me admita!”³¹.

Él me animó, y me dijo que escribiera un memorial al padre general que vivía en la misma casa profesa. Hice todo como él me dijo, y al día siguiente de haber entregado la solicitud, el padre general, me quiso ver. Fui allá, y, así como llegué a su cuarto, salía el padre provincial. Habló conmigo y me dijo: “Vaya usted allá (a Sant’Andrea de Monte Cavallo a ver al padre provincial) y díglele que yo le envío, y que cuanto haga, yo lo doy por bien hecho”. Fui al momento y me recibió muy bien, y el día dos de noviembre ya vivía en el noviciado, de modo que de la noche a la mañana me hallé jesuita. Cuando me contemplaba vestido de la santa sotana de la Compañía, casi no acertaba a creer lo que veía, me parecía un sueño, un encanto³².

³⁰ A 130-134.

³¹ A 138-139.

³² A 140-141.

Me hallaba yo muy contento en el noviciado, estando siempre ocupado en las conferencias que hacíamos de catequizar, predicar y confesar. Además, todos los viernes íbamos al hospital de san Giácomo a confesar a los enfermos y los sábados a predicar en la cárcel a los presos. Yo entré en el noviciado el día dos de noviembre de 1839, día de ánimas, y, pasado el día dos de febrero, día de la Purificación de María Santísima del año 1840, esto es, cuatro meses después de haber entrado, empezamos los “Ejercicios de San Ignacio”, que duraron un mes. Yo los empecé con muchísimo gusto y con grandes deseos de aprovecharme bien de ellos.

Así iba siguiendo y adelantando, cuando he aquí que un día me vino un dolor tan grande en la pierna derecha, que no podía caminar. Fue preciso ir a la enfermería. Me aplicaron los remedios oportunos y me alivié algún tanto, pero no del todo, y se temieron que quedaría tullido. Al verme así, el padre Rector me dijo: “Lo que pasa en usted no es natural, pues tan contento, alegre y sano ha estado siempre, y ahora cabalmente en estos días esa novedad, me hace pensar que el Señor quiere alguna otra cosa de usted”. Y me dijo: “Si le parece bien, consultará con el padre general, que es tan bueno y tantos conocimientos tiene de Dios”. Yo le contesté que me parecía muy bien y me presenté a él. Me oyó con mucha atención, y, después de haber oído mi narración de todo lo ocurrido, me dijo con toda resolución, sin titubear: “Es la voluntad de Dios que vaya pronto a España; no tenga miedo, ánimo”.

Con esta tan terminante resolución no hubo otro remedio que volver para España. Y con el tiempo se conoció que el padre general estaba inspirado cuando me dijo estas palabras. Y en una de las cartas que me escribió me decía: “Dios le llevó a la Compañía, no para que se quedase en ella, sino para que aprendiese a ganar almas para el cielo”³³.

10. CURANDO ENFERMOS

A mediados del mes de marzo (de 1840) salí de Roma con dirección a Cataluña... De Olost pasé a Vic, y el Superior (vicario general) me dijo que pasase a Viladrau, y, al efecto, me dio el nombramiento de regente, y fui el día 13 de mayo. Aquí acabé de restablecerme de mis males³⁴.

En esta parroquia de Viladrau empecé las misiones el día 15 de agosto del año 1840. Después hice otra misión en la parroquia de Espinervas, a una hora larga de Viladrau. Luego pasé a la parroquia de Seva; ésta ya fue más

³³ A 165-167.

³⁴ A 167.

ruidosa. Fue mucha la gente que concurrió y que se convirtió e hizo confesión general. Aquí empecé a tomar fama de misionero.

Por noviembre hice el novenario de ánimas en Igualada y Santa Coloma de Caral, con grandísima aceptación. Y así estuve en Viladrau ocho meses saliendo y volviendo; pero no fue posible continuar por más tiempo, porque, como he dicho, mientras me hallaba en la población visitaba cada día a todos los enfermos, y todos sanaban, y sólo se morían los que enfermaban en mi ausencia. Y esto me afligía mucho al ver las lágrimas de las gentes y al oír las razones que alegaban para que no saliese de la parroquia a predicar...

Por el verano había niños que estaban enfermos, y con sólo una vez de aplicarles el remedio, ya quedaban sanos. A un joven de 25 años que ya se hallaba sin sentido y a punto de expirar, lo visité a la una de la noche, le apliqué un simple remedio, cobró los sentidos, y a los dos días ya estaba curado completamente.

En un arrabal de la población de Viladrau había una mujer casada que padecía dolor reumático; y sufría tanto que la violencia del mal le había encogido los nervios, de tal modo que la infeliz se había vuelto como una pelota. No obstante este lastimoso estado, concibió, pero los trabajos fueron a los nueve meses para el parto. Cabalmente se cumplía este tiempo mientras me hallaba en la parroquia de Seva haciendo un novenario de almas, y como sabían el día que había de volver, me salieron al encuentro y me dijeron que aquella mujer se hallaba en dolores de parto y sin esperanzas de vida, y, por lo mismo, el teniente cura le había administrado los sacramentos de penitencia, viático y extremaunción y que no faltaba más que expirar. Pero los de la casa de la enferma, y aún la misma enferma, todos me deseaban ver. Al momento fui a la casa a verla; sin llegar al curato, conocí su crítica situación y el remedio que se debía aplicar. Pero yo dije a su marido que no lo debía hacer, que era indispensable ir a la población de Taradell a buscar un médico cirujano. Fueron por él con una carta mía en la que le explicaba todo lo que había, y el médico, al leer la carta, vio que era tan desesperado el caso, que se excusó y no quiso venir. Me dieron la respuesta, y entonces dije yo a los de la casa que cogieran ciertas hierbas, que las hicieran hervir, y el resultado fue que parió muy bien, y aún se curó del reuma y se puso buena, de manera que al cabo de unos pocos días por sí misma vino a misa.

También se curó un joven de dieciséis años, tullido completamente, teniendo por inútil cuanto se practicase. Al pasar un día por la calle, le vi a la puerta y pregunté su madre qué tenía y cuánto tiempo hacía que se hallaba así. Yo le dije: “Practicad esto y esto”, y a los pocos días ya le vi curado en la iglesia que oía la santa misa.

En aquella población y en sus alrededores hay muchas jóvenes de quince a diecinueve años que sufren de una enfermedad que llaman espatlladas o de la naurella, y es que, con los esfuerzos que hacen amasando el pan o yendo por agua, leña u otras cosas fatigosas sobre sus fuerzas, las vejiguitas de la fuerza sufren una fisura, que después les da mucho que sentir. Y, como el que sufre busca remedio, y no hallándolo en los médicos se van a ciertos curanderos que con sus charlatanerías dicen que curan y no es así, les cobran dinero y muy comúnmente hacen cosas poco decentes con tales enfermas; yo viendo o sabiendo esto, encomendé el negocio a Dios Nuestro Señor, y se me ocurrió el remedio que se había de aplicar, que consistía en un parche y guardar quietud por unos pocos días, con cuyo remedio todas sin excepción se curaban; pero, como se sabía las acciones poco decentes que hacían con el pretexto de curar, por miedo que se creyera que yo hacía otro tanto, me valí de este remedio. Había en la misma población una viuda anciana muy virtuosa y le dije: “Cuando venga alguna joven acompañada de su propia madre que diga que es espatllada, le aplicará un parche de esta y esta manera”. Y así a todas las que, acompañadas de sus madres, me venían a suplicar para curar de esta enfermedad, las remitía a aquella viuda, y ella les aplicaba el parche, y todas curaban, y así yo no me comprometía.

Como aquella población había sido tan trabajada por la guerra civil, pues a lo menos había sido saqueada trece veces, había habido sorpresas de unos y otros, fuegos y muertes, de cuyas resultas y de espantos, tristezas y disgustos, había mucha gente, y singularmente mujeres, que tenían enfermedades históricas que las hacían sufrir mucho, me venían a hablar. Yo hice tomar aceite común con algunas cosas que hacía hervir en dicho aceite, y con él después se daban por sí mismas cierta unción, y todas quedaban curadas.

Permaneciendo en Viladrau, todos los enfermos de la población y muchos que de fuera traían, todos quedaban curados. Y, como se extendió de aquí la fama, así es que en todas las poblaciones adonde iba se me presentaban muchísimos enfermos de toda clase de enfermedades; y, como eran tantos los enfermos y tan diversos los males y, por otra parte, yo me hallaba tan ocupado en predicar y confesar, no tuve por conveniente en señalar remedios físicos. Les decía que les encomendaría a Dios y entre tanto les hacía la señal de la santa cruz y les decía estas palabras (de Jesús): “Pondrán las manos sobre los enfermos y éstos quedarán curados”. Y decían que quedaban curados.

Yo estoy convencido de que curaban por la fe y confianza con que venían, y Dios Nuestro Señor les premiaba su fe con la salud corporal y espiritual, porque les exhortaba a que se confesasen bien de todos sus pecados, y ellos lo hacían. Y además, el Señor así lo hacía también, no por mis méritos, sino para

dar importancia a la divina palabra que predicaba, pues que, como había pasado tanto tiempo que no habían oído más que maldades, blasfemias y herejías, Dios Nuestro Señor les llamaba la atención con estas cosas corporales. Y, a la verdad, la gente se reunía en grandes masas, oía la divina palabra con gran fervor, hacían confesiones generales en la misma población o en otras, porque muchas veces era imposible oír en penitencia a cuantos deseaban y pedían confesión.

¡Oh Dios mío, cuán bueno sois! ¡Os servíais de las mismas enfermedades de cuerpo para remediar las del alma!

Otra clase de enfermedad había que me era más molesta y que me llevaba más tiempo. Y ésta era la de energúmenos, posesos y obsesos. En un principio me presentaban muchísimos que decían que estaban posesos, y sus parientes me suplicaban que los exorcizara. Y, como me hallaba competentemente autorizado, lo hacía, y de mil, apenas hallaba uno que pudiese estar cierto que era poseso; eran otras causas, ya físicas, ya morales, que aquí no calificaré.

Viendo yo que muchísimos no tenían tales demonios y, por otra parte, al ver que me hacían perder mucho tiempo, que lo necesitaba para oír las confesiones de los que se habían convertido por la predicación, me dije: “Más necesario es que saques los demonios de las almas que están en pecado mortal que no de los cuerpos, si es que éstos los tienen”. Pensé que aquello podía ser un engaño del mismo demonio, y así me resolví a dejar los exorcismos y tomar otro camino, que era el siguiente.

Cuando se me presentaba alguno que me decía que estaba poseso, le preguntaba si se quería curar. Si me aseguraba que sí, le mandaba tres cosas: Primera, que tomara con paciencia todas las cosas, que no se enfadara nunca (porque había observado que algunos eran histéricos de resultas de su mal genio o de rabieta que cogían, y con la paciencia les calmaba).

Segunda, les mandaba que no bebiesen vino ni otro licor, y que esto se les exigía como ayuno indispensable para echar a esa especie de demonios (pues también había hallado que algunos bebían demasiado, y para tapar sus disparates echaban la culpa a los demonios).

Tercera, les hacía rezar cada día siete veces el padrenuestro y avemaría a la Santísima Virgen, en memoria de sus siete dolores, y además que hicieran una buena confesión general de toda la vida y que después comulgaran con la más fervorosa devoción. Sea lo que fuere, lo cierto es que después de algunos días me venían a dar gracias, diciendo que ya estaban libres y curados. Yo no diré que no hay posesos. Sí, los hay, y he conocido algunos, pero muy pocos.

En el decurso de las misiones había hallado algunos que por los sermones se habían convertido y decían francamente que no tenían tales posesiones ni enfermedades físicas, sino ficciones, por diferentes fines que se proponían, ya para llamar la atención, ya para que fuesen mimados y compadecidos, por alcanzar socorro y por mil otros fines.

Una me decía que todo lo que hacía lo hacía con todo conocimiento y malicia de la voluntad, pero que hacía cosas tan raras y extraordinarias, que ella misma se admiraba, y que, sin duda, el diablo cooperaría y la ayudaría, no por posesión diabólica, sino por malicia de su corazón, pues que conocía que naturalmente aquello no lo podía hacer.

Otra, que vivía en una ciudad muy grande, me dijo que de tal manera había sabido fingir que estaba posesa, que por mucho tiempo la habían hecho los exorcismos y que, durante el tiempo bastante largo de su ficción, había engañado a veinte sacerdotes de los que eran tenidos por más sabios, virtuosos y celosos de la ciudad³⁵.

Pero algunas veces tuvo que atender verdaderos problemas producidos por el diablo. Juan Gibernay declaró: *Cuando yo tenía catorce años a quince, un día, estando en la plaza de la iglesia de mi pueblo, pasó el santísimo Viático, que acababa de ser administrado a Francisca Castañé y, de repente, por primera vez, me dio como un ataque epiléptico. Estos ataques se repitieron con frecuencia y, desde el primer ataque, se apoderó de mí una repugnancia a todos los actos religiosos, de modo que no podía ni oír hablar siquiera de cosas religiosas. Mi resistencia de ir a la misa o recibir los sacramentos era tan terrible que, durante nueve o diez meses, estuve invadido de esta enfermedad. Nunca pude acercarme a la confesión o a la misa. Alguna vez me llevaron a la fuerza y, antes de la consagración, me venía el ataque y, sin darme yo cuenta, movía un gran alboroto blasfemando. Era tal la fuerza de los ataques que muchas veces debían ser cuatro o cinco hombres fuertes para contenerme y hacía algunos actos de fuerza extraordinaria y la voz pública era que tenía malos espíritus.*

Mi padre, por consejo de un vecino, decidió llevarme al padre Claret y fuimos a Barcelona al convento de las monjas Madalenas, pues el siervo de Dios vivía allí en la casa del capellán. El padre Claret dijo que no temieran y me puso una mano en el hombro y otra en la cabeza delante de una imagen de Jesucristo crucificado y otra de la Virgen, y me dijo que rezara el rosario, que dijera cada día tres avemarías y un padre nuestro al ángel custodio, otro a su intención y, al

³⁵ A 172-190.

día siguiente, fuera a confesarme, añadiendo que, si el confesor me preguntaba quién me había curado, respondiera sencillamente: “Dios”. Y me despidió, diciendo: “Vamos, niño, ya te curarás”³⁶.

Es importante anotar que todos tenían al joven como poseso y que el problema le venía de un golpe que una vieja fea le había dado con una caña. Pedro Gibernau que lo conoció anota: *Tuve ocasión de presenciar los referidos ataques varias veces. El paciente hacía contorsiones violentísimas y cosas raras y extrañas, daba unos gritos extravagantes; a veces, rugiendo con una voz ronca y grave; y otras, aguda; pronunciando una lengua ininteligible. Lo más particular era que, haciendo la señal de la cruz o al intentar ponerle encima una cruz, formada por ligeras pajas, sin que pudiera verlo, se ponía furioso al momento y en un estado de irritación extraordinaria*³⁷. Esto ocurrió el año 1849 y, cuando los testigos y el mismo paciente dan testimonio en el Proceso en el año 1889, habían pasado ya cuarenta años, estando perfectamente bien.

11. MISIONERO ITINERANTE

La gente de Viladrau no quería que se fuese, pero él sentía ansias de extender su apostolado a otros lugares. Además se daba cuenta de que la gente lo buscaba más por la salud corporal que la espiritual. Por eso, nos dice: *Esto me obligó a pedir al Superior que me exonerara del cargo de regente y me dejase libre de curatos y que me contase pronto a su disposición para ir a predicar a donde quisiese. Y así lo hizo, y me separé de Viladrau, con grande sentimiento de toda la gente por las curaciones que Dios Nuestro Señor por mí obraba, pues yo reconozco que aquello era más que natural. Yo no me introduje a curar enfermos para ganar dinero ni otra cosa que lo valiera, pues nunca acepté cosa alguna; sólo lo hacía por necesidad y por caridad*³⁸.

A mediados de enero de 1841, después de haber sido regente en Viladrau por espacio de ocho meses, regentando el curato y saliendo de cuando en cuando a predicar, por disposición del Prelado, en diferentes parroquias, salí finalmente a predicar continuamente donde me enviara el Prelado, sin fijarme en ninguna parte. Mi residencia, si bien permanecía bien poco, era en Vic, y desde esta ciudad salía con una lista de poblaciones en que había de predicar.

Yo tenía por máxima inalterable de no ir jamás a predicar a ninguna parroquia ni diócesis sin la orden expresa de mi Prelado... Así sabía que hacía

³⁶ Proceso, pp. 324-326.

³⁷ Proceso, p. 327.

³⁸ A 174.

la voluntad de Dios³⁹. Esta necesidad de ser enviado y de que el Prelado mismo me señalara el lugar, es lo que Dios me dio a conocer desde el principio. Y así es que, aunque los pueblos a que me enviaba eran muy malos y estaban desmoralizados, siempre se hacía grande fruto, porque Dios me enviaba, los disponía y preparaba⁴⁰.

Cuando iba a una población, nunca me proponía ningún fin terreno, sino la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas⁴¹.

Con el vestido que llevaba y la comida que me daban estaba contento. En un pañuelo llevaba todo. Mi equipaje consistía en un breviario de todo el año, un vademécum en que llevaba los sermones, un par de medias y una camisa para mudarme⁴². Dinero nunca llevaba, ni quería. Un día tuve una alarma. Me metí la mano en el bolsillo del chaleco y creí hallar una moneda. Me espanté, la saqué, la miré y con grande consuelo vi que no era moneda, sino una medalla que mucho tiempo antes me habían dado. Volví de la muerte a la vida. Tan grande era el horror que tenía al dinero⁴³.

Algunas veces, el Señor me hacía sentir los efectos de la pobreza, pero era por poco tiempo. Luego me consolaba con lo que necesitaba; y era tanta la alegría que sentía con la pobreza, que no gozan tanto los ricos con todas sus riquezas como gozaba yo con mi amadísima pobreza⁴⁴. Andaba sólo y a pie... Por la mañana hacía cinco horas de viaje, y otras cinco por la tarde; a veces con lluvias, otras veces con nieves, y en verano con soles abrasadores. Este era el tiempo que más me daba que sufrir, porque, como siempre andaba con sotana y capote pasado de mangas y el mismo de invierno, en verano me daba calor; además, con zapatos y medias de lana, que me hacían ampollas en los pies, de manera que a veces me hacían andar cojo. Las nieves también me dieron ocasión de ejercitar la paciencia cuando eran muy grandes las nevadas, que cubrían todos los caminos y me hacían desconocer el terreno; yo por esto caminaba al través y me hundía en los barrancos llenos de nieve⁴⁵.

Pero lo peor fueron las calumnias que se levantaron calumnias contra él, mientras predicaba por el Principado de Cataluña, hasta el punto de que el jefe político de Barcelona le prohibió predicar; prohibición que le fue comunicada por el alcalde de Vic en 1841. Así estuvo unos dos años, obedeciendo a las

³⁹ A 194.

⁴⁰ A 198.

⁴¹ A 199.

⁴² A 359.

⁴³ A 360.

⁴⁴ A 363.

⁴⁵ A 460.

autoridades y a su obispo, dedicado a estudiar y orar mucho y dar alguna conferencia, hasta que se presentaron tiempos favorables.

En julio de 1843 comenzó de nuevo sus misiones apostólicas. *Ese año iba un día a predicar a una parroquia, cuando le salieron al camino tres hombres de mal aspecto, intimándolo a que se preparase para morir. Sin inmutarse, les dijo que iba a predicar al pueblo de Olot, porque se celebraba la fiesta mayor y, estando allá todo preparado y debiendo llegar a la hora fija, les pedía le dejaran ir libre y, concluido el sermón, volvería dispuesto a morir. Desarmada la cólera de uno de los tres al escuchar estas palabras, se esforzó éste en persuadir a los otros que difirieran la ejecución del crimen. Así se hizo, predicó el sermón, se confesó y, al día siguiente, volvió al mismo lugar pronto a hacer el sacrificio de su vida por amor a Jesucristo. Al ver los malhechores que el siervo de Dios no traía defensa alguna y al oír sus dulces palabras con las que se ofrecía a la muerte y los trataba de amigos, se convirtieron, confesándose con él y fueron después buenos cristianos⁴⁶.*

Él manifiesta: *Diré ahora de qué medios me valí para hacer fruto, según el Señor me dio a conocer como más propios y adecuados. El primer medio de que me he valido siempre y me valgo es la oración. Éste es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del purgatorio. Y por esto en la meditación, en la misa, rezo y demás devociones que practicaba y jaculatorias que hacía, siempre pedía a Dios y a la Santísima Virgen María estas tres cosas.*

No sólo oraba yo, sino que además pedía a otros que orasen, como las monjas, hermanas de la Caridad, terciarias y a todas las gentes virtuosas y celosas. A este fin pedía que oyesen la santa misa y que recibiesen la sagrada comunión, que durante la misa y después de haber comulgado, presentasen al eterno Padre a su Santísimo Hijo y que, en su nombre y por sus méritos, le pidiesen estas tres gracias que he dicho, a saber: la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las pobres almas del purgatorio. También les decía que se valiesen de la visita al Santísimo Sacramento y del Viacrucis.

Les exhortaba a que se encomendasen mucho a María Santísima, que le rogasen y pidiesen lo mismo, que para eso se valiesen de la devoción del rosario. Siempre predicaba y enseñaba el modo práctico de rezarlo, y yo mismo lo rezaba antes de empezar el sermón con toda la gente, ya para enseñarlo a rezar, ya también porque, rezando todos juntamente, alcanzáramos esas tres gracias que he dicho.

⁴⁶ Proceso, p. 21.

También rogaba y hacía que las gentes rogasen a los santos del cielo para que intercedieran con Jesús y María y nos alcanzaran estas mismas gracias. Singularmente invocaba a los santos que durante su vida sobre la tierra habían manifestado más celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Nunca jamás me olvidaba de invocar al glorioso san Miguel y a los ángeles custodios, singularmente al de mi guarda, al del Reino, de la provincia, el de la población en que predicaba y de cada una persona en particular. He conocido visiblemente la protección de los santos ángeles custodios⁴⁷.

En aquellos primeros años de misiones⁴⁸, me veía muy perseguido por todas partes. Me levantaban las más feas calumnias, decían que había robado un burro, qué sé yo qué farsas contaban. Al empezar la misión o función, hasta la mitad de los días eran farsas, mentiras, calumnias de toda especie lo que decían de mí, de manera que me daban mucho que sentir y que ofrecer a Dios, y al propio tiempo, materia para ejecutar la humildad, la paciencia, la mansedumbre, la caridad y demás virtudes. Esto duraba hasta media misión y en todas las poblaciones pasaba lo mismo, pero de media misión hasta concluir, cambiaba completamente. Entonces el diablo se valía del medio opuesto. Todos decían que era un santo a fin de hacerme engrer y envanecer... y Dios Nuestro Señor en aquellos últimos días en que se veía el fruto copiosísimo... me permitía una tristeza tan grande, que yo no puedo explicar sino diciendo que era la especial providencia de Dios que la permitía como un lastre, a fin de que el viento de la vanidad no me diera un vuelco⁴⁹.

12. LOS DEMONIOS

Los demonios me perseguían muchísimo. En una ocasión hicieron caer una piedra cuando yo pasaba. En otra ocasión, en una población llamada Sarreal, un domingo por la tarde, estando la iglesia atestada de gente, hizo Satanás desprender una gran piedra del arco toral, y al llegar al suelo se hizo muchos trozos, y no hizo daño a nadie, no obstante de caer en medio del auditorio. Fue la admiración de todos.

A veces sucedía que, estando predicando, hallándose la gente en la mayor compunción, venía Satanás en figura de un paisano muy espantado, gritando que había fuego en la población; y, conociendo yo el engaño y al ver que el auditorio

⁴⁷ A 264-269.

⁴⁸ Entre 1840 y 1848 predicó en más de 150 lugares.

⁴⁹ A 352-353.

se alarmaba por la noticia, desde el púlpito decía: “¡Quietos!, no hay tal; es un engaño del enemigo. Para mayor tranquilidad vuestra, vaya uno a ver en dónde está el fuego, y, si es verdad, yo y todos iremos; pero yo os digo que no hay tal fuego; es un engaño que ha metido el diablo para impedir vuestro aprovechamiento”. Y así era. Cuando predicaba en campo raso, nos amenazaba con tempestades. En mi misma persona a veces me causó enfermedades terribles, y, cosa particular, tan pronto como yo tenía la advertencia de que sería obra del enemigo, ya quedaba curado del todo sin remedio alguno⁵⁰.

María Ana Vidal manifestó en el Proceso: *Yo le oí hablar, que, a veces, a mitad de un camino, le echaban piedras y a nadie veía. Con frecuencia se le aparecía el diablo y él le preguntaba: “¿Qué quieres, soberbio?”. El diablo le respondía: “La Carmelita (aludiendo a la Virgen) me manda que te diga que prediques de la lujuria”. Un día le dijo el diablo: “¿Te acuerdas de aquel día en que con una simple vuelta de la cama quedaste libre de aquel dolor de estómago que, según los médicos, te había de privar para siempre de predicar? Era yo el que, con aquel ruido que oíste, por fuerza te dejaba, porque te quería devorar”⁵¹.*

José María Bocabella certifica también en el Proceso: *Una vez encontré al padre Claret rezando en la iglesia de las religiosas Madalenas y me enseñó un pedazo de papel como de unos cuatro dedos o más pequeño, de color moreno, y me dijo que le había caído sobre el breviario; y en dicho retazo estaban escritas las siguientes palabras en lengua catalana: “Ya estarás contento que te han nombrado arzobispo de Cuba, porque allí harás de las tuyas, pero yo también haré de las mías”. Por firma había tres o cuatro rasguños, o sea, señales hechas con las uñas⁵².*

Él no se asustaba. Y dice: *Si era grande la persecución que me hacía el infierno, era muchísimo mayor la protección del cielo. Conocía visiblemente la protección de la Santísima Virgen y de los ángeles y santos. La Santísima Virgen y sus ángeles me guiaron por caminos desconocidos, me libraron de ladrones y asesinos y me llevaban a puerto seguro sin saber cómo. Muchísimas veces corría la voz de que me habían asesinado, y las buenas almas ya me aplicaban sufragios. Dios se lo pague⁵³.*

⁵⁰ A 462-463.

⁵¹ Proceso, p. 337.

⁵² Proceso de Barcelona, p. 140.

⁵³ A 464.

13. APOSTOLADO DE LA PRENSA

Uno de los medios que la experiencia me ha enseñado ser más poderoso para el bien es la imprenta, así como es el arma más poderosa para el mal, cuando se abusa de ella. Por medio de la imprenta se dan a luz tantos libros buenos y hojas sueltas, que es para alabar a Dios. No todos quieren o no pueden oír la divina palabra, pero todos pueden leer u oír leer un buen libro. No todos pueden ir a la iglesia para oír la divina palabra, pero el libro irá a su casa. El predicador no siempre podrá estar predicando, pero el libro siempre está diciendo lo mismo, nunca se cansa, siempre está dispuesto a repetir lo mismo; que en él lean poco o mucho, que lean y lo dejen una y mil veces, no se ofende por esto; siempre lo encuentran lo mismo, siempre se acomoda a la voluntad del lector.

Siempre la lectura de libros buenos se ha considerado una cosa de grande utilidad; pero en el día de hoy se considera de suma necesidad; porque hay delirio por leer, y si la gente no tiene libros buenos, leerá malos. Son los libros la comida del alma, y, a la manera que si al cuerpo hambriento le dan comida sana y provechosa le nutrirá y, si la comida es ponzoñosa, le perjudicará, así es la lectura, la que, si es de libros buenos y oportunos a la persona y a las circunstancias propias, le nutrirá y aprovechará mucho; pero, si es de libros malos, periódicos impíos y folletos heréticos y demás escritos perniciosos, corromperán las creencias y pervertirán las costumbres. Empezando por extraviar el entendimiento, luego llevan a corromper el corazón⁵⁴.

Una tarde pasaba por la calle de una de las ciudades más grandes de España. Se me acercó un niño a besarme la mano, y me pidió una estampa y se la di. Al día siguiente fui muy temprano a celebrar la misa en la iglesia que acostumbraba y ponerme luego en el confesonario, porque siempre tenía mucha gente que me esperaba. Al concluir la misa, me hincé en el presbiterio para dar gracias. Al cabo de un rato se me acercó un hombre alto, gordo, con largos bigotes y poblada barba, con la capa que tenía tan ajustada en las manos, que no se le veía más que la nariz y la frente; los ojos tenía cerrados y lo demás de la cara tenía cubierto del pelo de las patillas, bigotes y barba, y además con el cuello de la capa, que también era peludo y alto; y con una voz trémula y ronca me dice que si le haré el favor de oírle en confesión. Le contesté que sí, que entrase en la sacristía, que luego iba en acabando de dar gracias. Si bien en el confesonario ya había otros hombres y mujeres que esperaban para lo mismo, creí que a éste le debía oír separadamente de los demás, porque su aspecto me reveló que así convenía, y, en efecto fue así. Entré yo en la sacristía, en que no había nadie sino aquel señor, y aún le conduje a un lugar más retirado.

⁵⁴ A 310-311.

Yo me senté, él se hincó y empezó a llorar tan sin consuelo, que no sabía qué más decirle para acallarle. Le hice varias preguntas para saber la causa, y, finalmente, entre lágrimas, suspiros y sollozos, me contestó: “Padre, usted ayer tarde pasó por mi calle, y, al pasar frente a la puerta de la casa en que yo estoy, salió un niño a besarle la mano, le pidió una estampa y usted se la dio”. El niño vino muy contento, y, después de haberla tenido un rato, la dejó encima de la mesa y se fue a la calle con otros niños a jugar. Yo quedé solo en casa, y, picado de la curiosidad y para pasar el tiempo, cogí la estampa y la leí; pero ¡ay, padre mío!, yo no puedo explicar lo que sentí en aquel momento; cada palabra era para mí un dardo que se clavaba en mi corazón; resolví confesarme y pensé: “Ya que Dios se ha valido de él para hacerte entrar en un verdadero conocimiento, con él irás a confesarte”.

Toda la noche la he pasado llorando y examinando mi conciencia, y ahora me tiene aquí para confesarme. Padre, soy un gran pecador. Tengo cincuenta años y desde niño no me he confesado. He sido comandante de gente muy mala. Padre, ¿habrá perdón para mí? “Sí, señor, sí; ánimo, confianza en la bondad y misericordia de Dios. El buen Dios le ha llamado para salvarle, y usted ha hecho muy bien en no endurecer su corazón y en poner luego por obra la resolución de hacer una buena confesión”. Se confesó, le absolví y quedó muy contento y tan alegre, que no acertaba a expresarse.

Pues bien, aunque las hojas sueltas y estampas no hubiesen producido otra conversión más que ésta, ya me tendría por bien empleado y satisfecho el trabajo y cuanto se ha gastado en impresiones; pero no ha sido este solo caso el de los que se han convertido por la lectura de las estampas que he dado a luz.

En Villafranca del Panadés se convirtieron cuatro reos que estaban en capilla hacía tres días y no se habían querido confesar, y, con la lectura de la estampa que di a cada uno, entraron en reflexión y se confesaron, recibieron el santo Viático y tuvieron una edificante muerte. Son muchos y muchísimos los que se han convertido por la lectura de una estampa. ¡Oh Dios mío! ¡Qué bueno sois!

Todos los libritos han producido felices resultados; pero de quienes he hallado más almas convertidas ha sido “El Camino recto” y “El Catecismo explicado”. De la lectura de estos dos libros encuentro muchísimas conversiones, y aun en esta Corte (de Madrid) no pasa día en que no se presenten almas determinadas a mudar de vida por haber leído ese libro. Todos lo buscan y no reposan hasta haberse hecho con él; todos sin distinción de clase lo desean tener, y este deseo general me ha obligado a hacer una impresión de lujo para la gente de categoría superior, y se lo han procurado la reina, el rey, la infanta,

damas de palacio, gentiles hombres y toda la nobleza. Se puede decir que en la clase alta no hay casa alguna o palacio en que no se halle uno o más ejemplares de “El Camino recto” de lujo, y en las demás clases de los otros más sencillos.

El fin que me proponía era la mayor gloria de Dios, la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. Por esto escribí en forma de Avisos para todos los estados de la sociedad; pero los dos que más me llevaban tras de sí el corazón fueron los niños y niñas. He escrito para ellos libritos y hojas sueltas⁵⁵.

Por el amor que tenía a los niños y por lo mismo que deseaba que se instruyeran en la doctrina cristiana, he escrito cuatro catecismos: uno para los párvulos, desde que hablan hasta los siete años, otro para los rústicos, otro más extenso y otro explicado, con estampas⁵⁶.

He dado gratuitamente millares de millares de ejemplares (de libros), y aun en el día de hoy estoy dando y Dios mediante daré hasta la muerte, si puedo, pues he considerado que era ésta la mejor limosna que en el día de hoy puede darse⁵⁷.

También es un medio muy poderoso para hacer el bien el dar rosarios y enseñarles el modo de rezarlo, el dar medallas y decirles cómo las han de llevar y cómo las han de besar mañana y noche. También dar escapularios y decirles qué significan y cómo los han de llevar⁵⁸.

14. MISIÓN EN CANARIAS

Su obispo de Vic lo envía a Canarias a dar misiones y él, acompañado del obispo de Canarias, recién consagrado, y de su comitiva, llega a la isla el 14 de marzo de 1848. Al poco tiempo de comenzar su actividad misionera, se hace muy popular y toda la gente lo llama con el cariñoso nombre de *Padrito*.

Estuvo en las islas Canarias 14 meses, haciendo tres recorridos misionales. Dio ejercicios espirituales a los sacerdotes, a los seminaristas, y en todas las parroquias de la isla de la Gran Canaria. Dice: *Con frecuencia tenía que predicar en las plazas, porque en los templos no había la mucha gente que se reunía en cada población para oír la santa Misión. Y siempre prefería predicar en la plaza que en el templo, cuando había mucha gente.*

⁵⁵ A 319-325.

⁵⁶ A 285.

⁵⁷ A 328.

⁵⁸ A 337.

Lo que más me apuraba era el oírlos a todos en confesión general como deseaban hacerlo. Al efecto, decía a los demás sacerdotes que me ayudasen... Cuando concluía una Misión, toda la gente de la población me salía acompañar y la de la población a donde iba me salía a recibir. Los primeros me despedían con lágrimas y los segundos me recibían con alegría. No explicaré todo lo que ocurrió en aquellas poblaciones, porque me haría interminable. Sólo sí quiero consignar un caso que me sucedió para que aprendan los misioneros.

Concluidas las misiones de Gran Canaria, quiso el señor obispo que pasara a otra isla llamada Lanzarote, y dispuso que me viniera a acompañar su hermano, el padre Salvador, religioso capuchino, para que me ayudara en oír las confesiones, porque en aquella isla hay muy poco clero. Este señor es un hombre muy gordo, y, como del puerto de la isla habíamos de ir a la capital de la isla como dos leguas tierra adentro, me dijo: “¿Cómo lo haremos? ¿Quiere usted ir a pie o montado?”. Yo le contesté: “Ya sabe usted que yo nunca monto, siempre voy a pie”. “Si usted no monta, tampoco quiero montar yo”, me contestó. Yo le dije: “Ya ve cuán difícil y trabajoso será para usted ir allá a pie. Yo no lo puedo permitir; si usted no quiere montar si yo no monto, montaré para que monte usted.

Al momento nos trajeron un gran camello, y los dos montamos en él. Un poco antes de llegar a la población nos apeamos y entramos en la población y di principio a la Misión. Concluida la Misión, al despedirnos, me preguntó un caballero: “¿Es usted el mismo misionero que predicaba en la Gran Canaria? Le conteste que sí. “Pues sepa usted que aquí se ha dicho que no era usted, porque aquel siempre iba a pie y usted ha venido montado, y por esto ha habido quien ha dicho: “Yo no voy a oírle, porque no es el misionero de la Gran Canaria”⁵⁹.

15. MISIONEROS CLARETIANOS

*Después de las misiones en las islas Canarias, a mediados de mayo de 1849, llegó a Barcelona y de ahí a Vic a ver a su obispo. Dice: *Hablé con los canónigos Soler y Passarell del pensamiento que tenía de formar una Congregación de sacerdotes que fuesen y se llamasen “Hijos del Inmaculado Corazón de María”. Ambos a dos acogieron muy bien mi pensamiento... Este mismo pensamiento le propuse yo al obispo de Vic, que era el doctor Luciano Casadevall, que me quería muchísimo, quien aplaudió sobremanera el plan que yo le había manifestado, y convinimos en que durante las vacaciones viviésemos en el Seminario, y él entre tanto haría habilitar el convento de la Merced, que el**

⁵⁹ A 481-485.

Gobierno había dejado a su disposición, y así se hizo. El obispo dispuso el local correspondiente en el convento de la Merced, y yo entretanto hablé con algunos sacerdotes a quienes Dios Nuestro Señor había dado el mismo espíritu de que yo me sentía animado. Estos eran: Esteban Sala, José Xifré, Domingo Fábregas, Manuel Vilaró, Jaime Clotet y Antonio Claret, yo, el ínfimo de todos⁶⁰.

El día 16 de julio de 1849, hallándonos ya reunidos, con aprobación del Ilmo. señor obispo y del Rector, empezamos en el Seminario los santos ejercicios espirituales nosotros solos con todo rigor y fervor, y, como cabalmente en este día 16 es la fiesta de la Santa Cruz y de la Virgen del Carmen, por tema de la primera plática puse aquellas palabras del Salmo 22: “Virga tua et baculus tuus ipsa me consolata sunt” (Tu vara y tu cayado me consolaron), aludiendo a la devoción y confianza que hemos de tener a la santa Cruz y a María Santísima; aplicando además todo el salmo a nuestro objeto. De aquellos ejercicios todos salimos muy fervorosos, resueltos y determinados a perseverar, y, gracias sean dadas a Dios y a María Santísima, todos han perseverado muy bien. Dos han muerto y se hallan actualmente en la gloria del cielo gozando de Dios y del premio de sus trabajos apostólicos y rogando por sus hermanos⁶¹.

Así comenzó la Congregación de los misioneros hijos del Inmaculado Corazón de María o Claretianos, que actualmente son cerca de 3.000 diseminados por todo el mundo. Nace como Asociación sacerdotal, cuyos miembros viven en Comunidad y se dedican a la evangelización itinerante. Con el tiempo se transformará en Instituto canónico de vida consagrada. El siervo de Dios siempre consideró que la fundadora era la Virgen María. Por eso, en una plática a la Comunidad de Vic, dirigiéndose cariñosamente a María le dijo: *Vos la fundasteis, ¿no os acordáis?*⁶².

Y les decía: *Un hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas⁶³.*

⁶⁰ A 488-489.

⁶¹ A 490.

⁶² Manuscritos de Clotet, Variedades 179.

⁶³ A 494.

16. CONSAGRACIÓN EPISCOPAL

El padre Claret estaba feliz conviviendo con la naciente Comunidad claretiana. Pero el 11 de agosto de 1849 al bajar del púlpito donde predicaba unos ejercicios espirituales al clero de Vic, el obispo le manda llamar y le entrega el real nombramiento de arzobispo de Cuba. Él dice: *Quedé como muerto con tal noticia*⁶⁴. *Espantado del nombramiento, no quise aceptar por considerarme indigno e incapaz de tan grande dignidad*⁶⁵.

Lo que más le hacía rechazar el nombramiento era tener que alejarse de la Comunidad y de la *Librería religiosa*, que también acababa de fundar. Por ello presentó al día siguiente su renuncia irrevocable al señor Nuncio Brunelli.

Pero, viendo el Nuncio y el ministro que no podían doblegarlo, acudieron a su obispo a quien siempre obedecía en todo y el obispo le mandó aceptar. Entonces, a pesar de que sabía que el obispo no tenía autoridad para imponerle el episcopado, le pidió unos días de discernimiento y oración. Consultó a cuatro sacerdotes sabios y virtuosos, y su opinión fue que debía aceptar. Él humilló su cabeza y aceptó lo que vio ser la voluntad de Dios.

Dice: *Aceptada la elección, se practicaron las diligencias de costumbre y marchó el expediente a Roma... En estos días, Dios Nuestro Señor me hizo saber cosas muy especiales para su mayor gloria y bien de las almas*⁶⁶.

Durante los días que disponía antes de llegar al nombramiento y ser consagrado obispo, tuvo que darse prisa para redactar las Constituciones para el nuevo Instituto y también dar los últimos toques a la fundación de las hijas del Corazón Inmaculado de María. Fue consagrado obispo el 6 de octubre de 1850, día de san Bruno, en la catedral de Vic. Fue consagrado junto con Don Jaime Soler, Rector del Seminario de Vic, que era consagrado obispo para la diócesis de Teruel. El obispo consagrante fue su obispo Luciano Casadevall de Vic, y asistentes los obispos de Gerona y Barcelona. En la ceremonia estaban su padre anciano y una hermana con su hermano mayor.

El 8 de octubre fue a Madrid a recibir el palio de arzobispo del Nuncio Brunelli. Arreglados los trámites burocráticos regresó a Cataluña.

El padre Antonio Barjau, declara: *Durante los dos meses que transcurrieron hasta su embarque a Cuba, se ocupó y consagró a tareas*

⁶⁴ A 491.

⁶⁵ A 495.

⁶⁶ A 497-498.

apostólicas. A mí me consta por el padre Juan Nepomuceno Lobo, testigo ocular, que el siervo de Dios fue detenido en su casual tránsito por el lugar de la ejecución (de cuatro reos). Confesó a tres de los reos y el cuarto se resistía a confesarse tanto que, estando en el cadalso y ejecutados los tres, decía, mirando a sus compañeros y cadáveres: “Estos son mis compañeros, no temo la muerte”. Entonces el siervo de Dios, abrazándolo y poniendo a su vista el crucifijo, le hizo algunas reflexiones que de tal modo conmovieron al reo que se le vio lanzarse de rodillas y prorrumpir en amargo llanto que continuó durante la confesión que fue bastante prolongada⁶⁷.

Estuvo en su pueblo, visitó el santuario de la Virgen de Fussimaña a la que había tenido tanta devoción desde pequeño. Y en aquel santuario celebré y prediqué de la devoción a la María Santísima... Pasé a Barcelona y prediqué todos los días en diferentes iglesias y conventos, hasta el día 28 de diciembre (de 1850), en que nos embarcamos (en Barcelona) en la fragata “La Nueva Teresa Cubana”⁶⁸.

17. VIAJE A CUBA

*Se embarcaron con él 13 valiosos colaboradores, casi todos sacerdotes. Viajaban también 18 hermanas de la Caridad, destinadas a La Habana, y un sacerdote de la Congregación de san Vicente de Paul, que las acompañaba. Dice él mismo: *Todos salimos sanos y alegres de Barcelona para Cuba; pero al llegar al Peñón de Gibraltar tuvimos que esperar que cambiara el tiempo para poder pasar el Estrecho, y, habiéndose puesto la mar muy mala, tuvo a bien el capitán retroceder al puerto de Málaga, en que estuvimos tres días esperando que cambiara el tiempo. Entre tanto, en aquellos días me buscaron ocupación, y prediqué quince sermones en la catedral, Seminario, a los estudiantes, a los conventos, etc.**

Continuamos el viaje hasta Cuba con suma felicidad y admirable orden. La cámara estaba dividida en dos partes; del palo mayor a la popa estaba yo con todos mis agregados, y del mismo palo mayor a la proa estaban todas las hermanas, enteramente incomunicadas con unas puertas persianas que había de por medio. Nosotros, todos los días por la mañana en hora fija nos levantábamos, nos lavábamos, etc., y teníamos media hora de oración mental en común. Las hermanas en su departamento hacían lo mismo, concluida la oración mental, celebraba la misa en la misma cámara, en un altar que habíamos armado. Yo celebré en todos los días de la embarcación, cuya misa oían todos

⁶⁷ Proceso, p. 131.

⁶⁸ A 501.

los de mi comitiva, y también todas las hermanas desde su departamento, y al efecto abrían entonces las puertas que había en la línea divisoria. Las hermanas y todos los sacerdotes comulgaban, todos menos uno, que se reservaba para celebrar la segunda misa que había cada día en acción de gracias. Y el sacerdote que celebraba la segunda misa andaba por turno, de manera que cada día en el buque se celebraron dos misas, una yo y otra uno de los sacerdotes, por turno.

Concluidas estas primeras devociones, íbamos encima de la cubierta a tomar té, y cada uno estudiaba lo que quería. A las ocho nos reuníamos otra vez en la cámara, en que rezábamos en comunidad las horas menores, y teníamos conferencias morales hasta la diez, en que íbamos a tomar el almuerzo. Después descansábamos y estudiábamos hasta las tres, en que rezábamos vísperas, completas, maitines y laudes, y teníamos otra conferencia hasta las cinco, en que íbamos a comer. A las ocho nos reuníamos otra vez, rezábamos el rosario y demás devociones, teníamos una conferencia de ascética y, finalmente, tomábamos una taza de té y nos íbamos al camarote todos.

Esta era la ocupación de todos los días de labor; en los días de fiesta, la segunda misa se decía en la hora más a propósito a la tripulación, que venía a oírla. Además, por la tarde, en los días de fiesta, había sermón, que predicaba un sacerdote por turno, empezando yo.

Al llegar al golfo de las Damas, yo empecé la misión encima de la cubierta. Todos asistían, todos se confesaron y comulgaron en el día de la comunión general, tanto viajeros como de la tripulación, desde el capitán hasta el último marinero, y siempre más quedamos muy amigos, de modo que en cada viaje que hacían nos venían a visitar. El día 16 de febrero de 1851 desembarcamos felizmente. Fuimos recibidos con todas las demostraciones de alegría y buena voluntad, y al día siguiente de la llegada hicimos la entrada solemne según las ritualidades de aquella capital⁶⁹.

18. ARZOBISPO DE CUBA

La capital de la arquidiócesis era Santiago de Cuba, una ciudad que en ese tiempo tenía unos 26.600 habitantes. Era una arquidiócesis muy extensa con malas comunicaciones, clima muy ardiente, y que no tenía obispo desde hacía más de 14 años. El clero era deficiente en número y calidad. Entre los laicos había muchas parejas de convivientes y existía aún la lacra de la esclavitud.

⁶⁹ A 504-509.

Políticamente había movimientos independentistas, que creaban un clima social inseguro.

El arzobispo, el día de su toma de posesión, lo primero que hizo fue poner su actividad pastoral bajo la protección de la Virgen y dijo, mirando a su imagen: *La Prelada será la Virgen Santísima. Mi forma de gobierno será la que ella me inspire*⁷⁰.

Él refiere: *A los quince días de nuestra llegada fuimos a visitar la imagen de la Santísima Virgen de la Caridad en la ciudad del Cobre, a cuatro leguas de la capital, que es tenida en mucha devoción por todos los habitantes de la isla. Es una capilla muy rica por los muchos donativos que presentan continuamente los devotos de todas partes.*

Vueltos otra vez a la ciudad de Santiago, capital de la diócesis, empecé la Misión, que duró hasta el día 25 de marzo, en cuyo día fue la comunión general, en la que fue inexplicable el concurso que hubo, tanto en oír los sermones como en acercarse a la sagrada comunión. Mientras que yo hacía la Misión en la catedral, Don Manuel Vilaró la hizo en la iglesia de San Francisco, que es el templo más capaz que hay en la ciudad después de la catedral, y en el domingo inmediato después de la Anunciación, yo fui a dar la comunión en la iglesia de San Francisco.

También di ejercicios a todo el clero, canónigos, párrocos, beneficiados, etc., cuyos ejercicios se repitieron en cada año que estuvimos en aquella isla, aunque para mayor comodidad suya los reunía en las ciudades principales de la diócesis...

Abrí y empecé la santa Visita, empezando por la catedral, parroquias, etc., y todos los días administraba el sacramento de la confirmación, y, como había tanta gente para confirmar, a fin de evitar confusión, hice imprimir unas papeletas al efecto, repartiendo en los curatos el día antes el número que en el día siguiente se podrían confirmar. En dicha papeleta se escribían los nombres del confirmando, padres y padrino, y así evitaba confusión y aglomeración de gente, y con más reposo y sosiego se copiaban después en los libros los nombres; así lo hice siempre, y me fue muy bien en tantos como confirmé, que no bajarán de trescientos mil en los seis años y dos meses que estuve en aquella isla⁷¹. En este tiempo hice cuatro veces la visita en cada parroquia⁷².

⁷⁰ Testimonio de Antonio Barjau, sesión 20 del Proceso informativo de Vic.

⁷¹ A 510-515.

⁷² A 550.

Afirma el padre Paladio Curríus que *en sus visitas nunca quiso usar coche. Sólo en la santa Visita usaba caballería para ir de una población a otra. Nunca usó quitasol ni en los viajes en las poblaciones y, cuando le decía que lo usara para que se librara del calor ardiente, propio de la región, respondía que más calor hace en el infierno. Cuando durante los viajes atravesaba montes en que había mucho jején (mosquitos que molestan mucho con su picadura) tenía la cara y manos llenas de estos insectos y no se los quitaba nunca ni quería que nosotros se los quitásemos, diciendo que los dejásemos estar y cumplir su oficio*⁷³.

Uno de los problemas que más le hicieron sufrir fue el de los matrimonios interraciales, que estaban prohibidos, de lo que resultaban muchos amancebamientos entre blancos y negros especialmente. Como el matrimonio religioso era el único reconocido en ese tiempo por el Estado español, los que no estaban casados estaban desprotegidos ante la ley, especialmente las mujeres. Y para casarse de dos razas distintas hacía falta el permiso especial del capitán general de Cuba. Él luchó contra esta injusticia y desplegó todos sus recursos jurídicos para que, al menos, la norma se aplicara en el sentido en que se había dado: prohibición entre nobles blancos y negros. Al fin, el 22 de mayo de 1854, el capitán general, marqués de la Pezuela, dio la razón al arzobispo, ganando así él una gran batalla a favor de la familia cubana.

En cuanto a la esclavitud, en 1855 había 370.000 esclavos en Cuba. Los obligaban a trabajar, incluso los domingos. El arzobispo inició la batalla contra el tráfico ilegal de esclavos y para que, no sólo los amos permitieran su bautismo, sino también que pudieran ser evangelizados y pudieran cumplir su obligación de ir a misa los domingos. Por ello, fue acusado junto con el capitán general Pezuela ante el Ministro de justicia de España, por abolicionistas. Al marqués lo retiraron del cargo. El arzobispo no pudo suprimir la esclavitud, pero hizo un gran esfuerzo para que los amos los trataran lo mejor posible.

Otro gran problema era la gran cantidad de comprometidos con la revolución de Narciso López, que buscaba la independencia. Él nos dice: *Yo jamás hablaba una palabra de política ni en el púlpito ni en el confesonario, ni en particular ni privadamente, lo que les llamó muchísimo la atención y les inspiró confianza. Cabalmente aquellos días (julio de 1851) cogieron a cuatro insurgentes con las armas en las manos y fueron condenados a muerte. Y era tanta la confianza que de mí hacían los reos y aun sus parientes, que me llamaron para que fuese a la cárcel a confesarlos, y, en efecto, fui y los confesé... y me hicieron agenciar con el general a fin de que todos los que estaban comprometidos y se hallaban con las armas en las manos, dejarían las*

⁷³ Proceso de Tarragona, p. 114.

armas y se volverían disimuladamente a sus casas sin que se les dijese cosa alguna y sin que constaran sus nombres. Así lo alcancé del general, de manera que toda aquella armada se desvaneció, se deshizo el acopio que tenían de armas, municiones y dinero, y todo quedó en paz⁷⁴.

Por otra parte se preocupó de superar la ignorancia religiosa. Dice: *Puse un convento de religiosas de la Enseñanza y les compré una casa que me costó 12.000 duros⁷⁵.*

Visitaba siempre y en todas las poblaciones las escuelas de niños y niñas y platicaba en ellas con los maestros y maestras. Todos los lunes reunía a los pobres y les daba a cada uno una peseta, pero antes yo mismo les enseñaba la doctrina cristiana⁷⁶.

También visitaba los presos de las cárceles y les predicaba con frecuencia, y les daba después una peseta a cada uno, y así me oían con gusto y aplicación⁷⁷. Visitaba con la misma frecuencia a los pobres del hospital y también les daba algún socorro... En la cárcel teníamos una porción de talleres, porque la experiencia enseñaba que muchos se echaban al crimen porque no tenían oficio ni sabían cómo procurarse el sustento honradamente⁷⁸.

Y no me olvidaba de repartir gratis por todas partes estampas, folletos y libros religiosos con muchos rosarios y medallas.

19. RENOVACIÓN SACERDOTAL

Uno de los puntos más importantes de su labor fue el Seminario diocesano. Él nos manifiesta: *Reparé el Seminario conciliar. Más de treinta años habían pasado sin que ningún seminarista interno se hubiese ordenado. Todos empezaban la carrera diciendo que tenían vocación, se instruían a expensas del Seminario, y, al final, decían que no querían ser curas y se graduaban de abogados⁷⁹.*

Lo primero que hizo fue buscar un buen grupo de formadores y hacer una campaña de orientación vocacional. Trajo seminaristas de Cataluña que iban a

⁷⁴ A 522-523.

⁷⁵ A 561.

⁷⁶ A 562.

⁷⁷ A 570.

⁷⁸ A 571.

⁷⁹ A 555.

concluir su carrera eclesiástica, buscó vocaciones nativas y así fue ordenando buenos sacerdotes catalanes y nativos.

Por otra parte, los sacerdotes tenían un bajísimo nivel cultural. Muchos ni sabían ni lo elemental para ejercer decorosamente el ministerio sacerdotal. A nivel moral había un grupo que tenía convivientes, a ellos los fue removiendo del cargo y a algunos rebeldes los llevó hasta la cárcel. Un problema grave de los sacerdotes era su gran pobreza. Cuando él llegó, cobraban los párrocos de Santiago 33 duros; y logró subirles a 2.000. Creó 40 parroquias nuevas. Y a todos los sacerdotes les dio cursos de renovación y formación permanente. Cada mes tenían un día de retiro, cada año debían hacer 10 días de retiro espiritual y todos debían ir con sotana.

Por otra parte, declara: *Dispuse que los curas enseñasen la doctrina cristiana (al pueblo) y que todos los domingos predicasen*⁸⁰.

En la propia casa donde vivía organizó una Comunidad con algunos de sus colaboradores. Dice al respecto: *Nuestra casa era la admiración de cuantos forasteros la visitaban. Digo esto porque yo tenía orden dada de que cuantos sacerdotes forasteros vinieren a la ciudad, todos se hospedasen en mi palacio, tanto si yo estaba como si me hallase ausente y por el tiempo que quisiesen. Hubo un canónigo de la isla de Santo Domingo llamado Don Gaspar Hernández, que, teniendo que abandonar su destino a causa de la revolución, se vino a Cuba y permaneció en mi palacio, comiendo con nosotros por espacio de tres años. Venían eclesiásticos de los Estados Unidos y de otros puntos, y todos hallaban cabida en mi palacio y en mi mesa; y parece que Dios los traía para que vieran aquel espectáculo tan encantador. No podían menos de notar que nuestra casa era como una colmena, en que ya salían unos, ya entraban otros, según las disposiciones que les daba, y todos siempre contentos y alegres. De manera que los forasteros quedaban asombrados de lo que veían y alababan a Dios.*

Yo alguna vez pensaba cómo podía ser aquello, que reinara tanta paz, tanta alegría, tan buena armonía en tantos sujetos y por tanto tiempo, y no me podía dar otra razón que decir: “Digitus Dei est hic” (Aquí está el dedo de Dios). Esta es una gracia singular que Dios nos dispensa por su infinita bondad y misericordia. Conocía que el Señor bendecía los medios que de nuestra parte poníamos para obtener esta especialísima gracia. Los medios que poníamos por obra eran los siguientes:

Todos los días nos levantábamos a una hora fija y determinada, y teníamos en Comunidad, sin faltar uno, media hora de oración mental. Todos

⁸⁰ A 559.

*comíamos y cenábamos juntamente, y había siempre lectura en la mesa, que hacía uno por turno; después de la comida y cena, todos juntos teníamos un rato de recreación y concluíamos el día con el rosario y demás devociones*⁸¹.

20. TERREMOTOS Y CÓLERA

En 1852 tuvo varias revelaciones del Espíritu Santo en que le revelaba la tragedia que iba a venir. Asegura: *En Manzanillo predicaba cada día y con mucha frecuencia y sin saber cómo, se me escapaba la expresión de que dentro de poco vendrían grandes terremotos*⁸².

El martes 31 de agosto de 1852 interrumpió bruscamente el sermón y exclamó con viva emoción: *Roguemos a Dios por nuestros hermanos residentes en Santiago de Cuba, pues se hallan en grande tribulación; mañana iremos a consolarlos. Había ocurrido un fuerte terremoto. Sobre él nos dice: Fueron horriblos los estragos que causaron en Cuba los temblores; las gentes se espantaron... Quedé espantado al ver tantas ruinas; apenas se podía pasar por las calles de tantos escombros. La catedral estaba completamente descompuesta y para darnos una idea de los vaivenes que sufriría aquel grande templo, sólo diré que en cada esquina del frontis de la catedral hay dos torres iguales; en la una está el reloj y en la otra las campanas; las torres son de cuatro esquinas y a lo último de cada esquina hay una maceta por ornato, y una de estas macetas en los sacudimientos se desprendió y entró por una de las ventanas de las campanas. Calcúlese ahora qué curva habría de describir aquella maceta para poder meterse dentro de la ventana*⁸³.

Él se encontraba en Bayamo cuando comenzaron los temblores y se dirigió inmediatamente a Santiago, donde había sido el centro del seísmo.

A las dos semanas del terremoto, le comunican que en Santiago se ha presentado el cólera. El espectáculo era desolador. En los dos últimos tres meses de 1852 murieron 2.734. Y él declara: *Durante la peste o cólera, todo el clero se portó muy bien día y noche. Yo y todos los sacerdotes estábamos siempre entre los enfermos, socorriéndolos espiritual y corporalmente. Sólo uno murió y fue víctima de la caridad. Fue el cura párroco del Cobre. Se sentía algo atacado ya, pero con el remedio tenía esperanzas de curar. Se hallaba en cama, le avisaron para un enfermo y él dijo: “Conozco que, si voy, moriré, porque se va a agravar mi mal; pero como aquí no hay otro sacerdote, allá voy. Prefiero morir a dejar*

⁸¹ A 608-610.

⁸² A 528.

⁸³ A 529.

de asistir al enfermo que me llama”. Fue y, al volver, se metió en la cama y murió⁸⁴.

*Durante este tiempo, especialmente entre agosto de 1852 a principios de 1853 se rezaba el rosario, se hacían rogativas y se predicaba exhortando a todos a la confesión... Muchísimos, por los temblores y la peste, se confesaron, que no se habían confesado en la santa misión. ¡Qué verdad es que hay algunos pecadores que son como los nogales, que no dan fruto sino a palos!*⁸⁵.

21. NUEVAS MISIONES

El 21 de febrero de 1853 reanudó sus visitas pastorales interrumpidas por el cólera. Dice: *Me acuerdo que el segundo año que nos hallábamos en aquellas tierras quise ir por tierra a la ciudad de Baracoa. Venía con nosotros un criado que llevaba la comida, porque los lugares eran solitarios, y las gentes de las pocas casas que por aquellas tierras había se habían ausentado por el cólera. Pues ese buen criado empezó a quedarse atrás, porque la bestia no podía caminar, y nosotros llegamos muy tarde, de noche, a una casa en que no hallamos más que una galletica de soldado, pequeña y durísima, de la que hicimos cuatro pedazos, uno para cada sacerdote, y al día siguiente en ayunas tuvimos que emprender el peor de los caminos que jamás he andado en mi vida.*

Tuvimos que pasar el río llamado Jojó treinta y cinco veces, pues, como corre entre dos altas montañas y no hay otro lugar, cuando da paso por una parte no la da por otra. Después del río tuvimos que subir a las altas montañas, llamadas Cuchillas de Baracoa, cuyo nombre les está perfectamente adecuado, pues que verdaderamente están como cuchillas. Y por encima del corte o cresta anda el camino, y, cuando se pasa por allá, hay trechos en que suenan un caracol marino, a fin de que el que va no se encuentre con el que viene; de otra suerte, el caballo del uno o del otro tendría que rodar para abajo, porque es tan estrecho el paso, que un caballo no tiene lugar para dar la vuelta para atrás. Y son tan altas aquellas montañas, que se ve la mar de una y otra parte de la isla, por estar ellas en medio de la isla, y además son tan largas, que duran cuatro leguas. Pues esas montañas, después de los pasos del río, tuvimos que subir y andar en ayunas, y al bajar son tan pendientes, que yo me resbalé y caí por dos veces, aunque no me hice mucho daño, gracias a Dios.

Al mediodía llegamos a una casa de campo, en que pudimos comer, y por la tarde llegamos felizmente a la ciudad de Baracoa, en el punto en que, al llegar

⁸⁴ A 537.

⁸⁵ A 535-536.

a la isla de Cuba puso los pies el descubridor Colón; todavía se conserva la cruz que plantó cuando llegó. Pues bien, esta ciudad hacía sesenta años que no había sido visitada por ningún Prelado, y, por lo tanto, no se había administrado el sacramento de la confirmación. Cuando yo llegué, ya dos de mis compañeros habían hecho la santa Misión; no obstante, yo prediqué todos los días que permanecí en ella, administré el sacramento de la confirmación a todos, la visité y pasé a la parroquia de Guantánamo, y también a la de Mayarí. Estas dos parroquias habían sido misionadas por mis compañeros, e hice lo mismo que en Baracoa.

De Mayarí pasamos a Santiago, la capital, distante cuarenta leguas. Como el camino es muy solitario, tuvimos que llevarnos provisión para poder comer. Salimos el lunes de la Semana Santa. Nos llevamos un potaje de bacalao con garbanzos y patatas en una olla de barro. Después de haber andado mucho camino, los compañeros dijeron que habíamos de comer. Nos detuvimos, sacaron la olla, encendieron fuego, y, para resguardarse del viento, se arrimaron al tronco de una gran caoba. Todos íbamos por leña; y fue tan grande el calor del fuego, que se rompió la olla. Nos procuramos una yagua, que en aquel bosque hay muchas (las yaguas son unas hojas grandes que se caen de las palmeras, como unos pellejos de carnero), y en una yagua pusimos el potaje por haberse roto la olla de resultas del demasiado calor del fuego; nos hallamos sin cuchara ni tenedor, y cogimos unas güiras, y con aquello comimos nuestro rancho o potaje. Tuvimos sed, y para beber cogimos otra yagua, y, atada por los extremos, formamos un balde y lo llenamos de agua y así bebimos muy regaladamente. Todos estábamos tan contentos y tan alegres que era una maravilla. Al día siguiente llegamos a Santiago para celebrar las funciones de la Semana Santa, que siempre celebré en todos los años.

En los dos primeros años tuvimos los temblores y el cólera, como he dicho; y, no obstante, en los primeros dos años, entre yo y mis queridos compañeros misionamos en todas las parroquias del arzobispado. Yo hice en todas la santa visita pastoral, administré en todas el sacramento de la confirmación, que duraba los días que era menester, hasta que todos ya se habían confirmado. Se casaban o se separaban los que habían vivido amancebados. A todos dábamos libros, estampas, medallas y rosarios; y todos quedaban tan contentos, y nosotros también.

Durante la primera visita y misión tuvimos el cuidado de contar lo que distribuimos, y hallamos haber dado 98.217 libros⁸⁶, que dábamos gratis o cambiábamos por otros libros malos que nos presentaban con este fin, y fueron

⁸⁶ Según cálculos de sus colaboradores en los seis años de estadía en Cuba repartió 200.000 libritos y regularizó 12.000 matrimonios.

*muchísimos los libros que destruimos. Dimos, además, 89.500 estampas, 20.663 rosarios, 8.931 medallas. Después de la primera visita, ya no se anotaba, por ser muchísimo lo que mandaba traer de la Península, de Francia y de otros puntos, que todos repartíamos por la diócesis y fuera de ella. Todo sea para la mayor gloria de Dios y bien de las almas que Jesucristo redimió*⁸⁷.

Por otra parte, tenía un proyecto muy ambicioso. Dice: *Para los pobres compré una hacienda en la ciudad de Puerto Príncipe (Camagüey). Cuando salí de la isla llevaba gastados de mis ahorros 25.000 duros. El plan de esta obra era recoger a los niños y niñas pobres, que muchos de ellos se pierden por las calles pidiendo limosna. Allí se les había de enseñar religión, leer, escribir, etc., y después arte u oficio, el que quisieren. Una hora no más cada día, los niños habían de trabajar en la hacienda, y con esto se podían mantener con las viandas que producía la misma hacienda; y todo lo demás que ganasen se había de echar en la Caja de ahorros. Por manera que, cuando saliesen de aquella casa, habían de tener instrucción y además habían de haber aprendido algún arte u oficio, y se les había de entregar lo que ellos hubiesen ganado*⁸⁸.

*También puse en la diócesis la Caja de ahorros para utilidad de los pobres, porque vi que los pobres, si se les dirige bien y se les proporciona un modo decente de ganarse la vida, son honrados y virtuosos; de otra manera se envilecen, y por esto era mi afán en lo espiritual y corporal. Con la ayuda del Señor me salió muy bien. Sea todo para gloria de Dios*⁸⁹.

También se fundaron bibliotecas parroquiales populares para la formación humana y cristiana.

22. ATENTADO

Monseñor Claret tenía muchísimos seguidores y admiradores, pero también tenía perseguidores y anticlericales furibundos, que deseaban su muerte. Escribe en su Autobiografía: *El día 1º de febrero de 1856, habiendo llegado a la ciudad de Holguín, abrí la santa visita pastoral, y, como era la víspera de la fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen María, les prediqué de este adorable misterio, haciéndoles ver el grande amor que nos manifestó la Santísima Virgen al ofrecer su Santísimo Hijo para la pasión y muerte por nosotros. Las cosas que yo dije y cómo las dije, yo no lo sé; pero decían que fui feliz como nunca. El sermón duró hora y media.*

⁸⁷ A 540-545.

⁸⁸ A 563-654.

⁸⁹ A 569.

Yo bajé del púlpito fervorosísimo, cuando he aquí que, al concluir la función, salimos de la iglesia para irme a la casa de mi posada, acompañado de cuatro sacerdotes y de mi paje Ignacio, y de un sacristán con un farol o linterna para alumbrar, pues el tiempo estaba oscuro y eran las ocho y media de la noche. Habíamos salido de la iglesia; ya estábamos en la calle Mayor, calle ancha y espaciosa; había por uno y otro lado mucha gente, y todos me saludaban. Se acercó un hombre como si me quisiera besar el anillo, pero al instante alargó el brazo armado con una navaja de afeitar y descargó el golpe con toda su fuerza. Pero, como yo llevaba la cabeza inclinada y con el pañuelo que tenía en la mano derecha me tapaba la boca, en lugar de cortarme el pescuezo, como intentaba, me rajó la cara, o mejilla izquierda, desde frente a la oreja hasta la punta de la barba, y de escape me cogió e hirió el brazo derecho, con que me tapaba la boca⁹⁰.

Por donde pasó la navaja partió toda la carne hasta rajar el hueso o las mandíbulas superior e inferior. Así es que la sangre salía igualmente por fuera como por dentro de la boca. Yo al instante, con la mano derecha agarré la mejilla para contener el chorro de la sangre y con la mano izquierda apretaba la herida del brazo derecho. Cabalmente estaba allí cerca una botica, y yo dije: “Entremos aquí, que tendremos más a mano los remedios”. Como los facultativos de la ciudad y del Regimiento se hallaban en el sermón y salían de la iglesia con la demás gente, al instante corrió la voz, y al momento se presentaron. Al verme, quedaron espantados al ver a un Prelado, vestido de capisayos y pectoral, todo bañado en sangre; y, además de ser Prelado era un amigo, porque me querían y me veneraban. Al verme quedaron tan estupefactos, que yo tenía que alentarlos y decirles lo que habían de practicar, pues que yo me hallaba muy tranquilo y muy sereno. Dijeron los mismos facultativos que la sangre que había salido por las heridas no bajaba de cuatro libras y media. A causa de la falta de sangre tuve un pequeño desmayo, que luego volví en mí tan pronto como me dieron a oler un poco de vinagre.

Hecha la primera cura, con una parihuela me llevaron a la casa de mi posada. No puedo yo explicar el placer, el gozo y alegría que sentía mi alma, al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre por amor de Jesús y de María y poder sellar con la sangre de mis venas las verdades evangélicas. Y hacía subir de punto mi contento el pensar que esto era como una muestra de lo que con el tiempo lograría, que sería derramarla toda y consumir el sacrificio con la muerte. Me parecía que estas heridas eran como la

⁹⁰ El agresor se llamaba Antonio Abad Torres de 35 años, zapatero. Por intercesión del arzobispo fue indultado de la pena de muerte y condenado a 10 años de prisión. Para ello lo llevaron a Ceuta, donde murió antes de cumplir la condena.

circuncisión de Jesús, y que después, con el tiempo, tendría la dichosa e incomparable suerte de morir en la cruz de un patíbulo, de un puñal de asesino o de otra cosa así.

Esta alegría y gozo me duró todo el tiempo que estuve en cama, de manera que alegraba a cuantos me visitaban. Y se me fue después pasando esta alegría a proporción que se iban cicatrizando las heridas.

En la curación de las heridas ocurrieron tres cosas prodigiosas, que brevemente consignaré aquí: la primera fue la curación momentánea de una fístula que los facultativos me habían dicho que duraría. Con el corte de la herida se rompieron completamente los conductos de las glándulas salivales; así es que la saliva, líquida como el agua, me salía por un agujerito en medio de la raja o cicatriz de la herida de la mejilla frente de la oreja. Los facultativos trataban de hacer una operación dolorosa y poco ventajosa; quedamos para el día siguiente. Yo me encomendé a la Santísima Virgen María y me ofrecí y resigné a la voluntad de Dios, y al instante quedé curado; por manera que, cuando los facultativos al día siguiente vieron el prodigio, quedaron asombrados.

El segundo prodigio fue que la cicatriz del brazo derecho quedó como una imagen de relieve de la Virgen de los Dolores, de medio cuerpo, y, además del relieve tenía colores blanco y morado; en los dos primeros años se conocía perfectísimamente, de manera que era la admiración de los amigos que la vieron; pero después se fue desvaneciendo insensiblemente, y en el día de hoy ya se conoce bien poco.

El tercero fue el pensamiento de la Academia de San Miguel, pensamiento que tuve en los primeros días de hallarme en la cama, de modo que tan pronto como me levanté, empecé a dibujar la estampa y a escribir el Reglamento, que en el día de hoy está aprobado por el Gobierno con Real cédula y celebrado y recomendado por el Sumo Pontífice Pío IX⁹¹.

23. CONFESOR DE LA REINA

De resultas de la herida de la cara quedó un poco desfigurado y con la voz no muy clara y torpe al articular las palabras, pero gracias a Dios, poco a poco, al cabo de algunos meses, ya estaba predicando como siempre. El 18 de marzo de 1.857 recibió la real Orden de presentarse en Madrid. No sabía para qué. Salió de La Habana rumbo a España el 12 de abril en el vapor *Pizarro*. Llegó a Cádiz el

⁹¹ A 573-581.

18 de mayo del mismo año. El día 20, en diligencia, se dirige a Madrid y el 26 llega a la capital. Se presenta ante la reina y ella le pide que sea su confesor. Él le pide unos días de reflexión y pone algunas condiciones. El 5 de junio de 1857 es nombrado oficialmente confesor de la reina Isabel II, con una asignación de 60.000 reales al año.

Hace su plan de vida: No hablar jamás de política, no recomendar a nadie para cargos públicos, no vivir ni pasar la noche nunca en palacio y cumplir su oficio de confesor y consejero de la reina. Dice sobre su horario: *Todos los días del invierno, por lo común, me levanto a las tres, y a veces antes. Luego empiezo el rezo del Oficio divino, rezo maitines y laudes, el santísimo Trisagio, y después leo la Sagrada Escritura, me preparo para la santa misa, la celebro, doy gracias y me pongo en el confesonario hasta las once, en que me levanto para dar audiencia a los que quieren hablar conmigo. Es la hora más pesada, porque me vienen con pretensiones a las que yo no puedo acceder como son empeños para empleos, destinos y cosas por el estilo.*

De las doce a doce y cuarto tengo el examen particular, a las doce y cuarto comemos; después rezo Horas, vísperas y completas. Después, por la tarde y noche, me ocupo de visitar a los enfermos, presos u otros establecimientos de caridad, predicar a las religiosas y estudiar y escribir libritos y hojas sueltas⁹².

Su oficio resulta más difícil de lo esperado. La reina parece tener amores escondidos con un joven teniente de ingenieros. Monseñor Claret la reprende duramente. Después de varias llamadas de atención, le da un ultimátum, le da ejercicios espirituales y la reina cambia su vida.

En los viajes de los reyes a distintos lugares de España, él los acompaña y aprovecha el tiempo dando misiones y predicando en todas partes. Él dice: *Ellos veían que apenas comía ni bebía. Sólo probaba alguna patata y un vaso de agua en todo el día. Jamás comía carne, pescado ni huevos; ni bebía vino. Siempre estaba contento y alegre y jamás me vieron cansado, no obstante de haber habido día que había predicado doce sermones⁹³.*

Por otra parte, se pone en comunicación con los obispos de España con el fin de organizar un único Catecismo para todos. Promueve por doquier la lectura de la Biblia. Encarga a su fundada *Librería religiosa* una nueva edición de la Biblia y regala un ejemplar a cada sacerdote de la diócesis de Santiago de Cuba, y cinco ejemplares a cada uno de los Seminarios de España. Para él la Biblia era

⁹² A 637.

⁹³ A 703.

su libro inseparable y recomendaba a los sacerdotes que predicaran, basándose en la Escritura.

Fomenta el apostolado de los seglares adelantándose al concilio Vaticano II. Para ello funda la *Academia de San Miguel*, organizando a escritores, literatos, artistas y otras personas de buena voluntad para difundir los valores cristianos. Además, se preocupa de que haya bibliotecas populares parroquiales para la formación cristiana del pueblo.

Algo muy importante es su nombramiento, el 23 de mayo de 1859, por parte de la reina *de protector de Montserrat, de la iglesia, hospital y demás*⁹⁴. *Lo mismo digo del Real Monasterio del Escorial*⁹⁵.

En relación al monasterio del Escorial repara todos los desperfectos, manda plantar 10.000 árboles frutales y otros; construye una casa para los guardas y habilita un palomar con 15.000 nidos. Su gestión administrativa es admirada por la reina que antes debía desembolsar cada año 20.000 duros anuales y Monseñor Claret hace que se autofinancie, haciendo que los colegios y el Seminario estén bien atendidos. Además, forma una biblioteca de 6.546 volúmenes y equipa el templo con los mejores ornamentos, arreglando el órgano y poniendo todo en perfecto estado. El Seminario del Escorial llegó a ser un centro modelo para la formación de sacerdotes para la Iglesia española. Al final de su gestión⁹⁶, dice: *El Real Monasterio del Escorial no me ha dado utilidad alguna, sino disgustos y penas, acarreándome persecuciones, calumnias y gastos; por tres veces he intentado renunciar la Presidencia, y ninguna me ha sido posible*⁹⁷.

Pero había muchos liberales anticlericales que no podían soportar tanto bien que hacía en España y planearon asesinarlo. Él lo cuenta así: *El día 15 de octubre de 1859, día de Santa Teresa, debía ser asesinado. El asesino entró en la iglesia de San José, de Madrid, calle de Alcalá, y, para pasar el tiempo y con mala intención, entró en la iglesia, y se convirtió por intercesión de San José, como el Señor me lo dio a conocer. El asesino me vino a hablar y me dijo que era uno de las logias secretas, y mantenido por ellas, y que le había caído la suerte de haberme de asesinar, y que, si no me asesinaba dentro de cuarenta días, él sería asesinado, como él mismo había asesinado a otros que no habían*

⁹⁴ A 635. Esta iglesia estaba en la plaza Antón Martín de Madrid.

⁹⁵ A 636.

⁹⁶ Al renunciar al cargo de Presidente del Escorial pudo entregar en junio de 1868 la cantidad de 169.749 pesetas.

⁹⁷ A 636.

*cumplido. El que me había de asesinar lloró, me abrazó, lloró y me besó y se fue a esconder para que no le matasen a él por no haber cumplido su encargo*⁹⁸.

En las revistas y periódicos lo ridiculizaban y hablaban de él como del padre *Clarinete*. Le sacaban caricaturas obscenas en las que aparecía la reina como si fuera su amante. Llegaron incluso a falsificar sus libros, le sacaron coplas musicales para desprestigiarlo y muchos decían que él era *la causa de todos los males de España*. Lo peor es que parecía ser un reo de la justicia internacional, ya que las calumnias se propalaban en revistas y libros de Francia, Inglaterra, Italia y Alemania, como si fuera un delincuente internacional.

Por eso, él manifiesta: *Unos (me persiguen) por despecho, porque no he querido ser instrumento de sus injustas pretensiones; otros por envidia; éstos por temor de perder lo que tienen, aquéllos por malicia, y no pocos por ignorancia. Han dicho de mí todas las picardías imaginables y me han levantado las más feas y repugnantes calumnias; pero yo he callado, he sufrido y me he alegrado en el Señor, porque me ha brindado un sorbito del cáliz de su pasión, y a los calumniadores les he encomendado a Dios después de haberles perdonado y amado con todo mi corazón*⁹⁹.

24. RETIRO DE LA CORTE Y REGRESO

Con mucha antelación le había avisado a la reina que no debía firmar el reconocimiento del reino de Italia, pues eso suponía aprobar los atropellos cometidos contra los Estados pontificios y contra Francisco II, rey de Nápoles.

En algunas oportunidades le había advertido que, de hacerlo, él se retiraría de la Corte. Dice: *La reina me decía que antes dejaría de ser reina que aprobar tal cosa; otras veces me aseguraba que antes prefería perder la vida... y le dije por dos veces que, si ella aprobaba el reino de Italia, yo me marcharía de su lado, que era lo más sensible que le podía decir*¹⁰⁰.

Pero la reina cedió ante la presión de sus ministros de Estado, que la engañaron haciéndole ver que el firmar el reconocimiento del reino de Italia no era aprobar sus injusticias, sino reconocer los hechos y no los derechos. Afirma: *Se puede decir que la reina fue engañada y amenazada... Me presenté a su Majestad y le hice ver el mal que había hecho. Ella no hacía más que llorar y me*

⁹⁸ A 688.

⁹⁹ A 628.

¹⁰⁰ A 833.

*dijo que, desde que había dado el consentimiento, no la había dejado la calentura*¹⁰¹.

A mí me afectó tanto, que me causó una grande diarrea, y como en La Granja son fatales las diarreas por razón de las aguas, pues cada año se mueren algunos de la comitiva de eso, tomé de aquí ocasión para irme a Cataluña y separarme de la Corte... Me suplicaba con gemidos, suspiros y lágrimas que no me fuera. Yo le contestaba que me era preciso irme para salvar mi vida... Me salí de La Granja (Segovia) y fui a Madrid, luego a Zaragoza y después a Barcelona, y finalmente a Vic.

*El día 14 de agosto de este mismo año (de 1865), hallándome a las nueve y media de la mañana en la iglesia de Santo Domingo de Vic, fui a visitar al Señor y me dijo desde el Santísimo Sacramento del altar: “Irás a Roma”*¹⁰².

Cumpliendo la voluntad del Señor, se va a Roma y el 6 de noviembre es recibido en audiencia por el Papa Pío IX. Le expone la situación de España y su situación personal. El Papa, después de haber consultado a algunos cardenales, le pide que vuelva como confesor de la reina. El 22 de diciembre de 1865 regresa de nuevo a Madrid como confesor de la reina por obediencia al Papa.

25. EL EXILIO

El 18 de setiembre de 1868 estalló la revolución en Cádiz, donde proclamaron la república y el destronamiento de la reina. La reina y su Corte huyó de Madrid a San Sebastián, preparados a huir a Francia si la situación empeoraba, lo que ocurrió el 30 de marzo de 1869. Con la reina huyó también monseñor Claret. En Biarritz esperaban a la Corte el emperador Napoleón III de Francia y su esposa la española Eugenia de Montijo. De ahí fueron a Pau y el 6 de noviembre llegaron a París, donde establecieron su residencia y donde murió la reina en 1904, después de haber renunciado al trono a favor de su hijo Alfonso (futuro rey Alfonso XII).

Al huir la reina y comenzar a gobernar los republicanos, se desataron aún más las persecuciones y calumnias contra nuestro santo. Especialmente lo tildaron de ladrón, al faltar una custodia, una talla de la Virgen y algunas joyas del Escorial. Felizmente, aparecieron al poco tiempo y el vicepresidente del Escorial les entregó lo que decían había robado.

¹⁰¹ A 834-836.

¹⁰² A 837-839.

Durante su estancia en París, residió en el colegio de las hermanas de san José, aprovechando el tiempo para predicar, especialmente a los españoles desterrados y a los emigrantes españoles y latinoamericanos que se encontraban en una triste situación de pobreza. Para atenderlos y buscarles trabajo fundó dos Conferencias de San Vicente de Paúl, una para hombres y otra para mujeres.

Por fin decidió dejar el ambiente de la Corte definitivamente y pidió a la reina ir a Roma para saludar al Papa Pío IX por su jubileo.

EN EL CONCILIO

El 24 de abril de 1869 fue recibido en audiencia por el Papa. En esta ocasión le predijo al Papa la entrada de los italianos en Roma (el último baluarte de los Estados Pontificios), lo que parecía en ese momento imposible por la fuerte guarnición francesa, la cual hubo de retirarse al año siguiente, al comenzar la guerra franco-prusiana. Al irse las tropas francesas dejaron pase libre al ejército de Garibaldi, que se apropió así totalmente de los Estados Pontificios.

Monseñor Claret se alojó en Roma en el convento de los padres mercedarios y, como estaba para comenzar el concilio Vaticano I el 8 de diciembre de 1869, fue invitado a quedarse y asistir al concilio.

Para esa ocasión se reunieron en Roma 700 obispos de todo el mundo. Uno de los puntos más difíciles de resolver en el concilio resultó el de la infalibilidad del Papa. Había obispos contrarios a declararlo como dogma de fe. Monseñor Claret, al oír algunos graves disparates de algunos teólogos y obispos, decidió tomar la palabra.

Le fue concedida el 31 de mayo de 1870. La disertación de monseñor Claret fue impactante, hablaba como sólo un santo puede hacerlo y con una convicción de quien ha padecido hasta derramar sangre y llevar en su cuerpo las marcas de Cristo. Dijo: *Traigo el estigma o las cicatrices de Nuestro Señor en el brazo. ¡Ojalá pudiese yo consumir mi carrera confesando y diciendo esta verdad!: “Creo que el Sumo Pontífice es infalible”*¹⁰³.

El 18 de julio tuvo la gran alegría de ver aprobado el dogma de la infalibilidad papal. Para él ya había terminado el concilio. Se sentía muy cansado y enfermo, le vino una congestión cerebral con síntomas de apoplejía.

¹⁰³ Escritos autobiográficos 498-499.

EXILIADO EN FRANCIA

El Superior general de la Congregación claretiana, el padre José Xifré, llegó a Roma con el fin de llevarlo a descansar a la Casa Misión de Prades en Francia, en los Pirineos occidentales. Allí llegó el 23 de julio, feliz de poder convivir con sus hermanos misioneros. Pero estaba tan débil que no podía ni predicarles, lo que en él era síntoma de gravedad. Se repuso en pocos días dando paseos por la huerta y pasando mucho tiempo ante Jesús sacramentado en la capilla de los estudiantes.

Pero sus perseguidores no descansaban y, al saber que estaba en Prades, azuzaron al gobierno francés para que lo encarcelara y lo extraditara a España para juzgarlo y condenarlo. Amigos íntimos, conocedores de estos hechos, avisaron al Superior general, padre Xifré. Monseñor Claret sólo dijo: *¡Bendito sea Dios! No ponga usted en mis pertenencias más que dos pares de medias, una camisa y unos pañuelos, como cuando corría por Cataluña dando misiones*¹⁰⁴.

El Superior lo llevó al monasterio cisterciense de Frontfroide en plena noche, en un coche particular, sin despedirse de sus hermanos de la Comunidad. A las pocas horas de haberse marchado, llegó el comisario de policía de Prades, buscándolo. Le dijeron que ya no estaba e ignoraban su paradero.

Al llegar a Frontfroide, lo primero que pidió es ser conducido ante el Santísimo Sacramento. Después saludó a la Comunidad de monjes. Estaba tranquilo, aunque débil de salud. Allí llevó la vida de un sencillo monje. El 4 de setiembre tuvo una iluminación interior y manifestó al padre Clotet, claretiano, que lo acompañaba: *Hoy sucede algo extraordinario*. A las pocas horas ya se conocía la noticia de la derrota de Francia en la batalla de Sedán en su guerra con Prusia.

Pocos días después sus perseguidores conocieron su paradero y desataron otra campaña contra monseñor Claret, haciendo creer que estaba conspirando y recogiendo armas para los carlistas, opositores del gobierno español. Todo esto le hizo sentirse sobresaltado y deseó irse a Roma para no dar problemas a nadie, pero no se lo permitieron, ni su estado de salud estaba para hacer viajes.

¹⁰⁴ Archivo claretiano de Vic, p. 812.

26. ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

En la noche del 4 al 5 de octubre de 1870 es atacado de una apoplejía nerviosa. Los síntomas eran alarmantes y él pidió los últimos sacramentos que el Superior general le administró, recibéndolos él con gran fervor. El padre Jaime Clotet nos dice: *En su última enfermedad tenía junto así las cuentas del rosario que me regaló antes de morir con estas palabras: “Tome usted este rosario y consévelo”. Interiormente llevaba, además del escapulario, un cuadrado de la Santísima Virgen de lata y vidrio, si mal no recuerdo. De estas cosas y otras varias soy testigo ocular*¹⁰⁵.

A continuación, pronuncio públicamente su profesión y emitió sus votos religiosos, facultad que él mismo había obtenido recientemente para su Congregación claretiana. El padre Clotet, en una carta a Francisco de Asís Aguilar del 6 de diciembre le decía: *Mientras las fuerzas se lo permitieron se acercaba con frecuencia el crucifijo a los labios, diciéndole fervorosas jaculatorias, y no soltándolo nunca de la mano, ni aún cuando ya no podía levantarla. Sus comunicaciones con Dios en los últimos días de su vida, eran continuas. Cuando le sugeríamos alguna jaculatoria que le gustaba de un modo especial, decía: “Repita usted lo que ha dicho; repítalo, repítalo”. Y él lo saboreaba y lo decía con nuevas demostraciones de afecto. Un poco antes de perder las fuerzas necesarias para pronunciar aquellos fervorosos actos de amor, me pidió que le absolviese. Su agonía, que aún se prolongó por muchas horas, fue dolorosa, pero tranquila. En fin, tuvo la muerte de un santo, expirando con el Santo Cristo en la mano.*

Su cuerpo quedo flexible, yo le toqué respetuosamente varias veces los brazos y los dedos de las manos; y se movían como los de un hombre que está vivo. Se durmió en el Señor el 24 de octubre a las 9 menos cuarto de la mañana.

Según refiere el padre Clotet, murió repitiendo: *Jesús, José y María, en tus manos, encomiendo mi espíritu.*

Es importante anotar que, inmediatamente después de su muerte, como se acostumbraba en el monasterio, tocaron las campanas a muerto y, mientras el sonido lúgubre de las campanas se oía en los alrededores, llegaron al monasterio algunos policías franceses, diciendo: *Venimos a arrestar al arzobispo. Vamos a registrar el monasterio. ¿Dónde están los fusiles reunidos por él? ¿Dónde se encuentra?* El portero sólo atinó a señalarles con el dedo el cielo, diciendo: *Allí. Escuchen las campanas que doblan a muerto. Monseñor acaba de morir.* Por fin lo dejaron tranquilo y se fueron a dar la noticia a sus superiores. Esa misma

¹⁰⁵ Proceso, p. 260.

noche y en la noche siguiente (24 y 25 de octubre de 1870) pudo observarse en el cielo francés una aurora boreal, como si Dios hubiera querido alumbrar al mundo con la luz misteriosa de su hijo predilecto, que seguirá iluminando los senderos del mundo con su doctrina y ejemplo, y con la luz de sus misioneros claretianos.

El padre Currius, su amigo íntimo, se encontraba en Valls (Tarragona) al momento de la muerte del santo arzobispo y quedó muy sorprendido al sentir que la pequeña campana de su convento tocaba por sí sola. Cuando después se enteró de la noticia de la muerte del santo, pudo explicarse lo sucedido¹⁰⁶.

En una carta dice el padre Clotet a Félix Bruch el 28 de octubre de 1870: *El cuerpo de nuestro venerable fundador, después que su alma se separó de él, quedó muy bien. Veinte y tantos años ha que yo le conocía y nunca le había visto tan hermoso. Todo el día 25 quedó expuesto en su aposento, que se convirtió en oratorio público. Día y noche hubiera visto religiosos que hacían oración a los pies de la cama del difunto, a quien todos veneran como santo.*

El 26 a las once y cuarto de la mañana lo trasladaron a la iglesia, acompañándole la Comunidad en procesión. Allí también los religiosos y nosotros estuvimos por turno de vela día y noche. Yo me acerqué muchas veces a mirarle y besarle la frente y el anillo.

Ayer 27, habiendo escrito el obispo de Carcasona que no podía asistir a sus exequias, como vivamente deseaba, por haber sobrevenido algún estorbo, se pasó a hacerle los oficios funerarios con religiosa solemnidad. Me llamó la atención un pajarito, que no sé cómo se introdujo en la iglesia, el cual durante la misa, y especialmente en la secuencia, acompañaba su canto con el canto de los monjes. Ya sabe usted que yo soy medio músico; pues a mí me pareció que no se apartaba del tono del coro; y lo más especial es que callaba cuando cantaban el celebrante o los ministros. Concluida la misa, no vi ni oí más al pajarito. Después de la misa se colocó el cuerpo en una caja mortuoria para irlo a enterrar.

Hubieran deseado enterrarlo en una tumba de la iglesia del monasterio, pero las autoridades de Narbona no dieron el permiso. Por ello, lo sepultaron el día 27 en una tumba abierta a lo largo del muro del cementerio monacal, a diferencia de los monjes que son enterrados en el suelo según su Regla. Sobre su tumba colocaron una lápida de mármol con este epitafio: *Aquí descansa el Ilmo. y Rvmo. D. Antonio María Claret y Clará, arzobispo de Trajanópolis, oriundo de España. Murió en el monasterio de Santa María de Montfroides, de la diócesis de*

¹⁰⁶ Fernández-Lorente, *San Antonio María de Claret*, profili ed istantanee, a cura della postulazione, Roma, 1950, p. 299.

Carcasona (Francia) el 24 de octubre de 1870 a la edad de sesenta y dos años. “Amé la justicia y aborrecí la iniquidad, por eso muero en el destierro” (Breviario, 25 de mayo, Lectura de S. Gregorio. P.P. VII).

27. CURACIONES DESPUÉS DE SU MUERTE

Después de su muerte fueron innumerables los que lo invocaron. Muchos enfermos encontraron la salud deseada y muchas familias por su intercesión encontraron la paz. Muchas de las curaciones fueron acompañadas de las apariciones del santo¹⁰⁷.

El padre Jaime Clotet certifica: Una gracia obtenida por intercesión del siervo de Dios fue la curación instantánea de una larga enfermedad que sufría en los ojos el hermano coadjutor de nuestra Congregación (claretiana) Jaime Coll. En febrero de 1887 fue atacado de un dolor en la vista que, creciendo gradualmente, le obligaba a tener que abandonar el trabajo a ratos. Un día asistió a la meditación y en ella pidió al Señor y a la Santísima Virgen, por intercesión de nuestro Padre fundador, lo curase, si convenía, y, al momento de haberlo invocado, sintió una especie de frescura, como si le pasara algo por los ojos. Los abrió, pues los tenía cerrados, y quedó curado. Desde entonces no ha tenido dolor ni experimentado molestia alguna¹⁰⁸.

El mismo padre Clotet manifiesta: El obispo de Calahorra y la Calzada tenía que ir a dar el sacramento de la extremaunción a la hermana María Nava de la Compañía de Santa Teresa, ya que el médico había dicho que de un momento a otro podía expirar. Se acordó el obispo que tenía un roquete del siervo de Dios y, sintiéndose inspirado, le llevó el roquete a la enferma, lo puso sobre su cama y una de las mangas sobre la cabeza de la misma. Al momento se sosegó, luego se durmió tranquilamente y a los tres días se levantó buena¹⁰⁹.

De estos casos se podrían enumerar cientos, pero no lo hacemos por brevedad.

¹⁰⁷ Fernández-Lorente, o.c., p. 302.

¹⁰⁸ Proceso, p. 275.

¹⁰⁹ Proceso, p. 276.

SEGUNDA PARTE

DONES ESPECIALES

1. AMOR A JESÚS

Jesús en el Santísimo Sacramento era el centro y la esencia de su vida. Se pasaba muchas horas, especialmente de la noche, en que apenas dormía, acompañando, adorando y amando a Jesús Eucaristía. En ocasiones, Jesús se le aparecía y hablaba con él.

El 7 de junio de 1860, fiesta del Corpus Christi, a las once y media de la mañana, *después de la misa en Santa María, antes de la procesión que yo debía presidir, estando en oración delante del Santísimo Sacramento con mucho fervor y devoción, de repente y como de sorpresa me dijo Jesús: “Está bien y me gusta el libro que has escrito”. Este libro es el primer tomo del “Colegial o Seminarista”, que el día anterior había concluido, y conocí claramente que me hablaba de este libro. Cuando concluí el segundo tomo, también se dignó aprobarlo.*

En Cuba estableció la devoción de las cuarenta horas con la particularidad de lograr de S.S. Pío IX las misma gracia e indulgencias que se acostumbran conceder a esta devoción, pero sólo estando el Señor expuesto solamente hora y media por la mañana y otro tanto por la tarde¹¹⁰.

La gracia más grande que Dios le dio por intercesión de María fue la conservación milagrosa de la Eucaristía en su cuerpo de una comunión a otra. Así se convertía, como algunos pocos santos, en sagrario viviente de Jesús. Él lo dice así: *El día 26 de agosto de 1861, hallándome en oración en la iglesia del Rosario, en La Granja a las 7 de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales y tener siempre, día y noche, el Santísimo Sacramento en el pecho; por lo mismo, yo siempre debo estar muy recogido y devoto interiormente; y además debo orar y hacer frente a todos los males de España, como así me lo ha dicho el Señor. Al efecto me ha traído a la memoria una porción de cosas: cómo sin mérito, sin talento, sin empeño de personas, me ha subido de lo más bajo de la plebe al puesto más encumbrado, al lado de los reyes de la tierra; y ahora al lado del Rey del cielo¹¹¹.*

¹¹⁰ Proceso, p. 128.

¹¹¹ A 694.

Según algunos testigos, *era admirable la transformación que se obraba a su rostro cuando se encontraba ante el Santísimo Sacramento o celebraba la misa*¹¹².

A veces se quedaba en éxtasis y su rostro se transformaba y brillaba con resplandores sobrenaturales.

2. AMOR A MARÍA

Desde muy niño, María fue, después de Jesús, el amor de su vida. Él dice: *María Santísima es mi madre, mi madrina, mi maestra, mi directora y mi todo después de Jesús*¹¹³.

Por amor a María añadió a su primer nombre de Antonio, el de María. Fue el día de su consagración episcopal. Por este amor a María visitaba todos los días desde muy niño las iglesias y altares de María y rezaba el rosario entero. Para sus fiestas procuraba hacer novenas u otros actos de especial devoción. Por amor a María deseaba tener todas las vidas de los hombres para emplearlas en su servicio y deseaba que todos la amaran. Fundó la Congregación de los hijos del Inmaculado Corazón de María y de las Religiosas de María Inmaculada. Muchos de sus escritos iban destinados a promover su devoción entre los fieles.

Con motivo de la proclamación dogmática de la Inmaculada Concepción, envió una carta pastoral a sus diocesanos de Santiago de Cuba. Y escribió un librito sobre este misterio. Precisamente, hablando de este librito, el padre José Carmelo Sala y Viñes certifica que *estaba un día comiendo con él y se quedó extasiado. Levantó los ojos, como mirando a alguna persona que le hablaba, asomando a sus labios una sonrisa. Vuelto en sí, continuó comiendo y, luego, al acompañarle a su habitación, como yo era entonces su confesor, me dijo: “La Santísima Virgen me ha dicho que estaba bien el librito que he escrito sobre el misterio de su Inmaculada Concepción”*¹¹⁴.

En otra oportunidad, durante la comida, se leía la vida de Nuestra Señora, escrita por la venerable Madre Ágreda. Se leyó el capítulo en que la escritora refiere que Santísima Virgen conservaba en su virginal pecho, incorruptas, las especies eucarísticas de una a otra comunión, gozando así continuamente la presencia de su divino hijo sacramentado. Concluida la

¹¹² Fernández-Lorente, o.c., p. 273.

¹¹³ A 5.

¹¹⁴ Proceso de Tarragona, incluido en el Vic, p. 182.

comida y acompañándole a su cuarto, me dijo que la Santísima Virgen le había alcanzado una gracia igual¹¹⁵.

La Virgen María le encomendó la propagación del rezo del rosario. Y él declara: *El día nueve de octubre de 1858, a las cuatro de la madrugada, la Santísima Virgen María me repitió lo que ya me tenía dicho otras veces: “Yo debía de ser el Domingo (refiriéndose a Santo Domingo de Guzmán, el promotor del rosario) de estos tiempos en la propagación del rosario¹¹⁶.*

El padre Francisco de Paula certifica que, siendo arzobispo de Cuba, mandó que se rezase el rosario en todas las parroquias de la diócesis y que en un sermón, dirigiéndose a la Virgen, dijo: *Yo no soy el arzobispo, tú eres la arzobispa de mi diócesis¹¹⁷.*

En su báculo pastoral tenía esculpida la imagen de la Virgen¹¹⁸. Un hecho curioso y sobrenatural lo cuenta el padre José Carmelo Sala y Viñes: *Al cicatrizarse la herida de la mano derecha (producida en el atentado de Holguín) se le formó una imagen de la Santísima Virgen que le duró un tiempo considerable¹¹⁹.*

El mismo santo lo certifica en su Autobiografía: *La cicatriz del brazo derecho quedó como una imagen de relieve de la Virgen de los Dolores, de medio cuerpo, y, además del relieve tenía colores blanco y morado¹²⁰.*

Muchas veces cuenta en su Autobiografía que se le apareció personalmente la Virgen María, como cuando era estudiante y le dio la victoria sobre una fuerte tentación contra la pureza.

La noche Navidad de 1864 fue a celebrar la misa al colegio de las Madres adoratrices del Santísimo Sacramento de Madrid a medianoche. Algo especial pasó en su alma. Al día siguiente, el capellán de las religiosas le preguntó: “¿Qué tal ha pasado la noche monseñor?”. Y respondió: “La Virgen me ha puesto entre los brazos al niño Jesús”. ¡Qué bello era!¹²¹.

Él nos refiere algunos casos de conversiones por intercesión de María: *Una mujer de 64 años se vino a confesar conmigo, que en toda su vida no se*

¹¹⁵ Ib. pp. 82-83.

¹¹⁶ A 677.

¹¹⁷ Proceso, p. 128.

¹¹⁸ Proceso, pp. 133-134.

¹¹⁹ Proceso de Tarragona, incluido en el Vic, p. 83.

¹²⁰ A 580.

¹²¹ Fernández-Lorente, o.c., p. 273.

había confesado más que dos veces. La primera vez que se confesó tenía diez años, y la segunda 20, en que se casó. A los tres años de casada se marchó de su marido; desde muy niña siempre fue muy mala, pero después de casada fue peor, fue escandalosísima; estuvo en diferentes reinos, y en todas partes fue malísima. Finalmente volvió a Madrid, su patria, y le vinieron ganas de confesarse, pues ya hacía 44 años que no se había confesado, y aún las dos veces que antes se había confesado, no lo había hecho bien.

Yo, al oír su larga y malísima vida y al verla tan compungida y deseosa de emprender una vida penitente, le pregunté si había tenido alguna devoción. Y me contestó que, no obstante su mala vida, cada día había rezado siete padrenuestros y siete avemarías a la Santísima Virgen del Carmen, que desde muy pequeña había oído decir que era cosa buena rezarle. El mes de noviembre de 1864 se confesó, y siempre más siguió muy bien, y no dudo que conseguirá la gloria.

En este mismo año (1865) se ha convertido una mujer muy mala, que había hecho toda especie de pecados. Se ha convertido por la oración “¡Oh Virgen y Madre de Dios!”, que decimos después del sermón; no obstante su mala vida, todos los días la rezaba, y finalmente la Virgen Santísima le ha tocado el corazón y ha hecho una buena confesión general; jamás se había confesado bien. Con reserva diré que había hecho toda suerte de pecados; singularmente de torpeza había pecado muchísimo consigo misma, con mujeres, con hombres solteros, viudos y casados, con su mismo padre, con su mismo hijo, con animales y de todas maneras; había envenenado a su marido, había intentado suicidarse muchas veces y nunca pudo acabarse de matar; por más que lo procuraba, quedaba semimuerta y la curaban. Había llamado al demonio muchas veces y se había entregado a él para que se la llevara, etc.; y por esta pequeña devoción que rezaba a María todos los días, el Señor la preservó y finalmente la ha convertido¹²².

El padre Antonio Barjau atestigua: Estando predicando el siervo de Dios en la iglesia del hospital de Monserrat de Madrid, se presentó al portero un caballero que necesitaba con urgencia al siervo de Dios, y contestándole que estaba predicando y que después del sermón podría verle, dijo que iba a oírle. Efectivamente, fue a la iglesia en los momentos en que el siervo de Dios decía estas o semejantes frases: “Admiráis el entusiasmo con que hablo de las gloria de mi madre María Santísima. ¿Cómo no ha de ser así, si durante mi vida me sacado de muchos males y, aun ahora mismo, me está librando de un gran peligro que me amenaza? Concluido el sermón, fue a verle el caballero y, postrándose a sus pies, pidió confesión general y manifestó que su misión era

¹²² A 828.830.

asesinarle con un puñal, pues pertenecía a una logia de carbonarios y le había tocado en suerte el asesinarle; pero que, habiendo oído casualmente las referidas frases del siervo de Dios, había sentido un cambio en su corazón que le movió al arrepentimiento y a la renuncia a la malvada secta a la que pertenecía; si bien sabía que muchos puñales de la secta estaban levantados contra él.

El siervo de Dios lo trató con mucho cariño, le ayudó a transformar su fisonomía y le procuró un supuesto pasaporte con distinto nombre y le aconsejó que fuera a un país extranjero y le proporcionó una pensión que le ayudara al sustento y demás gastos de la vida¹²³.

3. SANTOS DE SU DEVOCIÓN

San Antonio María Claret tenía algunos santos a quienes invocaba con especial devoción. Entre ellos estaba en primer lugar, después de la Virgen María, san José. El mismo Jesús se la recomendó. Dice en su Autobiografía: *El 7 de mayo de 1865, a las tres y media de la tarde, del día del Patrocinio de san José, me dijo Jesús que fuese muy devoto de san José, que acudiese a él con confianza¹²⁴.*

También amaba mucho a san Esteban, patrono de su pueblo de Sallent. De modo especial invocaba a san Antonio de Padua, a quien consideraba su patrono. Escribe: *Me anima mucho el leer lo que hicieron y sufrieron los apóstoles... Me entusiasma el celo del apóstol san Pablo... También me anima mucho la lectura de las vidas y de las obras de los Santos Padres... Leía con mucha frecuencia las vidas de los santos que se han distinguido por su celo por la salvación de las almas. Las vidas de los santos que más me mueven son las siguientes: santo Domingo, san Francisco de Asís, san Antonio de Padua, san Juan Nepomuceno, san Vicente Ferrer, san Bernardino de Sena, santo Tomás de Villanueva, san Ignacio de Loyola, san Felipe Neri, san Francisco Javier, san Francisco de Borja, san Camilo de Lelis, san Carlos Borromeo, san Francisco de Regis, san Vicente de Paúl, san Francisco de Sales... También me han movido mucho siempre el padre José Diego de Cádiz (beato) y el Maestro de Ávila (san Juan de Ávila).*

¹²³ Proceso, pp. 154-155.

¹²⁴ A 831. La proclamación del patrocinio de san José sobre toda la Iglesia fue el 8 de diciembre de 1870 y entre los padres conciliares que pidieron esta proclamación estaba nuestro santo, que escribió un opúsculo titulado *Devoción a San José*.

4. EL ÁNGEL CUSTODIO

Ya hemos anotado cómo en Marsella, en su primer viaje a Roma, se le presentó un joven que *más parecía ángel que hombre, tan modesto y tan alegre y grave al mismo tiempo, tan religioso y devoto, que siempre me llevaba a los templos*¹²⁵. Muchos autores consideran que era su ángel custodio.

En otra oportunidad dice él: *Tenía que pasar el río Besós que llevaba bastante agua. Ya me iba a quitar el calzado, cuando se me acercó un niño desconocido y me dijo: “No se descalce, yo lo pasaré”. ¿Tú me pasarás a mí? Eres muy pequeño, ni siquiera me podrás tener en hombros, cuánto menos pasarme el río. “Ya verá usted cómo yo lo paso”. En efecto, me pasó perfectamente sin mojarme*¹²⁶. También se considera que fue su ángel.

Por otra parte, él nos habla con frecuencia en su *Autobiografía* de los ángeles y concretamente de su ángel custodio. Cuando siendo seminarista tuvo la fuerte tentación contra la pureza, dice: *Acudía a María Santísima e invocaba al santo ángel de mi guarda*¹²⁷.

En las misiones: *Nunca jamás me olvidaba de invocar al glorioso san Miguel y a los ángeles custodios, singularmente al de mi guarda, al del reino, de la provincia, de la población en que predicaba y de cada persona en particular*¹²⁸. Y añade: *He conocido visiblemente la protección de los santos ángeles custodios*¹²⁹. *La Santísima Virgen y sus ángeles me guiaron por caminos desconocidos, me libraron de ladrones y asesinos y me llevaron a puerto seguro sin saber cómo*¹³⁰.

Entre sus propósitos de los ejercicios del año 1860 y 1861, pone el dedicar los lunes a la especial devoción a los ángeles¹³¹.

En el Proceso se anota que era muy devoto de San Miguel arcángel. *Instituyó una academia con el nombre de San Miguel y honraba a todos los ángeles, especialmente a su ángel de la guarda*¹³².

¹²⁵ A 128.

¹²⁶ A 368.

¹²⁷ A 95.

¹²⁸ A 268.

¹²⁹ A 269.

¹³⁰ A 464.

¹³¹ *Autobiografía*, Ed. Claretiana, Buenos Aires, 2008, p. 692.696.699.

¹³² Proceso, p. 65.

5. DONES SOBRENATURALES

a) PERFUME SOBRENATURAL

Es poco lo que sabemos sobre este don en la vida de nuestro santo, pero, según el Proceso: *En Canarias muchos de los que tuvieron la dicha de besar la orla de su vestido percibieron una singular y agradable fragancia que su cuerpo despedía*¹³³.

b) RESPLANDORES SOBRENATURALES

La reina Isabel II hizo una declaración sobre la vida de nuestro santo y afirmó: *Puedo asegurar que un día le he visto diciendo la santa misa en mi oratorio lleno de resplandores y que le he visto acertar en cuantas cosas ha predicho y a mí me ha dicho*¹³⁴.

El padre Pablo Parassols declaró: *Siendo yo de unos 15 años, entré en la iglesia parroquial de Santa Eugenia y observé en el altar del Rosario un resplandor desusado, antes de saber quién era el celebrante. Me acerqué y reconocí al padre Claret. Aquel resplandor extraño lo acompañó hasta la sacristía al volver de celebrar*¹³⁵.

*En la misa de medianoche del día de Navidad de 1864, estando el santo arzobispo dando gracias después de la misa, su rostro quedó más encendido que lo acostumbrado y se iluminó de una luz muy viva, haciendo intuir que algo extraordinario le sucedía*¹³⁶.

Bastantes veces fue visto en éxtasis. *Fue muy conocido lo sucedido en la Casa de las carmelitas de la Caridad delante de mucho público. Las niñas del colegio pudieron verlo a su gusto con los ojos abiertos, completamente transformado su rostro como nunca lo habían visto*¹³⁷.

c) ÉXTASIS

Una vez, predicando sobre el amor de Dios, permaneció extático con los ojos inmóviles mirando a lo alto y las manos dirigidas al cielo. El padre Antonio se le acercó por si tenía alguna indisposición y, al verlo de

¹³³ Proceso, p. 86.

¹³⁴ Proceso, p. 213.

¹³⁵ Proceso de Tarragona, p. 129.

¹³⁶ Fernández-Lorente, o.c., p. 273.

¹³⁷ *Ibíd.*

*cerca, dijo: “Déjenlo, que está muy lejos de aquí”. Después de un rato volvió en sí”*¹³⁸.

d) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Nuestro santo conocía muchas cosas por revelación especial de Dios, que era imposible conocer naturalmente. Veamos algunos casos. *A dos arrieros, en dos oportunidades distintas, les descubrió el número de años que hacía que no se habían confesado; y con esto les movió a convertirse*¹³⁹.

El padre Mariano Arenyas, capellán de las carmelitas descalzas de Vic, refiere en el Proceso: *La Madre Priora, Esperanza de la Concepción, me dijo un día que el siervo de Dios había dicho las monjas que veía la conciencia de todas ellas*¹⁴⁰.

El padre Francisco Roma y Font declaró: *Varias personas me dijeron que debían su salvación al siervo de Dios, añadiendo que, cuando se confesaban con él, a las pocas palabras les decía: “No os expliquéis más, ya basta”, y con lo que les decía el siervo de Dios creían que leía el interior de su conciencia. Un día, predicando en Oló, dijo al auditorio: “Hay entre vosotros uno que está en pecado mortal. Yo lo veo, no lo nombraré”. Por esto y por todo lo demás, era tenido en aquella parroquia como un hombre santo*¹⁴¹.

Sor Josefa Revira y Malats certifica: *Teniendo quince años formé la intención de ser religiosa, pero no me atrevía a manifestarlo a mis padres por ver que tenían necesidad de mí, ya que no tenían más que otra hija enfermiza, que por último murió víctima de una tisis... Me resolví a manifestarlo y extrañaron mi resolución por el desamparo en que iban a quedar. Por fin, mis padres consultaron al padre Claret, quien dijo a mi padre que podía darme el permiso para entrar en religión, pues dentro de un año tendría un hijo varón que viviría y podría ser el consuelo de su vejez, no obstante que mi madre contaba con 42 años bien cumplidos. Tan exactamente se realizó lo que el siervo de Dios había predicho, que mi hermano fue llamado por algunos “hijo del milagro”*¹⁴².

El año 1849, dando consejos espirituales al clero en Vic, dijo que en su auditorio había uno que había comenzado los ejercicios y no podría concluirlos, a pesar de que no se lo figuraba; lo que se cumplió al pie de la letra con la pronta e

¹³⁸ Ib. p. 274.

¹³⁹ Proceso, p. 84.

¹⁴⁰ Proceso, p.109.

¹⁴¹ Proceso, pp. 318-319.

¹⁴² Proceso, p. 321

inopinada enfermedad y muerte de uno de los sacerdotes que asistía a dichos ejercicios.

Anunció al ir a Cuba que estaría en dicha isla de seis a siete años; y su predicción se cumplió exactamente, saliendo de Cuba por causa bien ajena a su voluntad.

En la diócesis de Santiago de Cuba predijo tres grandes calamidades y todas se cumplieron: la primera fue la de los terremotos en 1582, la segunda el cólera morbo del mismo año, y la tercera, que dijo sería la más terrible y que no especificó, se cree que fue la guerra que duró largos años.

El padre Francisco Trías declaró: *En uno de los sermones que predicó en mayo de 1844 (en Barcelona) en la iglesia de Santa María del Mar, estando yo en el auditorio, se paró unos instantes y, dando un golpe al púlpito para llamar la atención, dijo: “Spiritus Domini super me” (El espíritu del Señor está sobre mí). Y continuó diciendo: “Es tan cierto lo que os digo como lo es que dentro de pocos días vendrá sobre esta ciudad una gran borrasca con un aguacero que causará muchísimas averías. Y, en efecto, vino y se inundaron de agua los almacenes de la calle del Rech y de las calles inmediatas a la plaza del Vorne y otras calles*¹⁴³.

*Predijo la revolución española de 1868, la caída del trono de Isabel II, la persecución hasta llegar a derramar la sangre alguno de los individuos de la Congregación de los misioneros hijos del Inmaculado Corazón de María, y la caída de Napoleón III, emperador de Francia. Todo se cumplió puntualmente. Al despedirse de Roma, suspendido el concilio Vaticano, dijo a monseñor Fracchi, cardenal y antiguo Nuncio apostólico de Madrid, que Dios le había dado a conocer que los italianos entrarían en Roma y que lo comunicase al Santo Padre*¹⁴⁴.

El padre Jaime Clotet declaró en el Proceso: *Un día al presentarle el hermano Saladrich la correspondencia, le dijo, antes de abrirla, retire usted esta carta que está envenenada. Esto me lo dijo el mismo hermano Saladrich*¹⁴⁵.

El mismo padre Clotet declaró: *Habiéndose confesado con el siervo de Dios la concubina de un malhechor e intimando a éste que debían separarse, irritado él contra el siervo de Dios, trató de asesinarlo bajo pretexto de confesarse. Se dirigió a su habitación y manifestándole deseo de confesarse le*

¹⁴³ Proceso de Barcelona, p. 160.

¹⁴⁴ Proceso, pp. 82-83.

¹⁴⁵ Padre Jaime Clotet, Proceso, p. 235.

dijo el siervo de Dios: “Antes, arroje el puñal que lleva escondido, pues no viene a confesarse sino a asesinarme, pero no ha llegado todavía mi hora”. Replicando el asesino que no llevaba tal puñal, el siervo de Dios repuso que sí, que lo había comprado en tal tienda y hasta me parece que le señaló el precio. Admirado el malhechor de tal revelación y tocado por la gracia, le entregó el puñal y se confesó¹⁴⁶.

Otro día, saliendo el siervo de Dios del Real sitio de la Granja, donde había asistido conmigo (Carmelo Sala y Viñes) a la exposición del Santísimo Sacramento, me dijo estas palabras más o menos: “El Señor está irritado contra España. Me ha dicho que vendrá una gran revolución, la reina perderá el trono, será proclamada la República, el protestantismo se introducirá en España y habrá también excesos de comunismo”. Fue unos cuatro a seis años antes de la revolución de 1868¹⁴⁷.

Se cree que tuvo revelación del día de su muerte, porque entre sus papeles y apuntes de cosas espirituales del año 1868, se lee: “Me acordaré de esta verdad: dos años y diez meses”. Y este fue el tiempo transcurrido desde entonces hasta su fallecimiento¹⁴⁸.

e) AGILIDAD

*Es el don de trasladarse corporalmente casi instantáneamente de un lugar a otro; a veces muy lejano, de donde nos encontramos. El padre claretiano Jaime Clotet refiere un caso concreto: *Habiéndome invitado Monseñor Claret, cuando salía de Figueras para Gerona, a que le acompañase un rato, acudí con gusto. Dentro de poco de haber entablado conversación con él, nos encontramos frente al mesón llamado Orriols, que está a mitad del camino con grande admiración de mi parte que no sabía explicar cómo en tan poco tiempo estuviéramos a tan larga distancia de Figueras. Pasando cerca de una zarza se me hizo un rasgón en el manteo y, pensando en ello, me vi con el compañero dentro de Gerona y sin rasgón alguno en el manteo, quedándome maravillado de la rapidez con que habíamos salvado tanta distancia y de la compostura de dicha pieza rasgada. Para mayor claridad se ha de saber que la distancia de Figueras a Gerona es de unas nueve horas¹⁴⁹.**

¹⁴⁶ Proceso, p. 235.

¹⁴⁷ Proceso de Tarragona, p. 84.

¹⁴⁸ Proceso, p. 89.

¹⁴⁹ Proceso, p. 260.

f) DON DE CURACIÓN

Hemos anotado anteriormente cómo, cuando estaba de regente en Viladrau, curaba muchos enfermos milagrosamente y que la gente venía de pueblos distintos, trayéndole enfermos. A veces, para disimular, les recetaba pequeños remedios caseros.

En Viladrau curó, entre otros a un niño llamado Francisco Pladevall a quien dio salud con un poco de lodo. En Vic curó a un estudiante de nombre Francisco Puigdollers de un terrible dolor de cabeza, que por dieciséis meses había resistido a todos los remedios facultativos, con sólo aplicarse una sola vez por orden del siervo de Dios un emplasto de almoraduj, rociado de aguardiente. Jamás le repitió el dolor, reconociendo todos que aquello era efecto de las oraciones del siervo de Dios. Curó también a otro estudiante, llamado Pedro Om, de una enfermedad de la vista, después de haberse agotado todos los recursos y no usando para esta curación más que agua clara, que, según testimonio de los médicos, era perjudicial en aquel caso¹⁵⁰.

Ramón Prat certifica: *Tenía yo una hermana, niña de unos dos años, llamada Victoria Prat, la cual padecía una enfermedad grave que a juicio de la familia era mortal. Ocurrió el entrar en la casa el siervo de Dios, quien, enterado de la enfermedad de la niña, quiso verla y, acercándose a ella, prescribió a la madre un ligero remedio, añadiendo con mucha seguridad: “No morirá”, desapareciendo luego la gravedad y restableciéndose prontamente, atribuyendo toda la familia la curación a la gracia del siervo de Dios¹⁵¹.*

Juan Arumi y Roca manifiesta: *Cuando yo tenía 15 años sufrí por efecto de un golpe una hernia inguinal en la parte izquierda del tamaño de una nuez. Mi madre acudió al siervo de Dios, pidiéndole remedio y él le prescribió un simple parche y, sin otro remedio, en un mes poco más o menos quedé radicalmente curado, atribuyendo la curación a la santidad y eficacia del siervo de Dios y no al parche¹⁵².*

Declara el padre Antonio Barjau: *Cuando yo era estudiante en la ciudad de Vic, vivía en casa de uno de los más famosos médicos de la ciudad, llamado Esteban Campá, y a él le había oído decir muchísimas veces que, cuando se encontraba con diferentes enfermos, a quienes visitaba como médico de cabecera, y veía que se propinaban remedios no prescritos por él y que médicamente eran un disparate, si le decían que habían sido ordenados por el*

¹⁵⁰ Proceso, p. 81.

¹⁵¹ Proceso, pp. 149-150.

¹⁵² Proceso, p. 153.

*siervo de Dios, mandaba practicarlos; porque, añadía: “Esto es un pretexto de que se vale el padre Claret para ocultar la virtud milagrosa con que cura a los enfermos”*¹⁵³.

Y añade: *En Santiago de Cuba, andando un día desde Santa Cruz a Puerto Príncipe en compañía del siervo de Dios, volcó el coche en que iba él y su secretario, el señor Miura, quien se descompuso un pie en términos que se le hinchó de tal suerte que no podía dar un paso y se quejaba de un dolor muy intenso. Lo llevamos entre todos a un rancho de negros. Pidió allí el siervo de Dios aguardiente de caña, le envolvió el pie en un paño mojado del mismo, le hizo la señal de la cruz, le quitó el paño y, a los cinco minutos, le dijo: “Abríguese bien con la media y ande, pues está ya curado”. El mismo señor Miura aseguró que no sentía dolor alguno y estaba como si nada le hubiese sucedido sin hinchazón alguna*¹⁵⁴.

María Ana Viguer aseguró: *Tendría unos 15 años y sufría de una enfermedad de estómago que llegó a postrarme por completo, de suerte que el médico desconfiaba de salvarme... Una mujer piadosa aconsejó a mi madre que me llevase con Monseñor Antonio Claret que hacía curaciones milagrosas y estaba en Vic... Llegamos a Vic y me presentó al siervo de Dios. Me dijo: “Sé buena, ya curarás”. Me despidió y, al pasar por la puerta, me prescribió una poción de yerba de la hidropesía, vulgo “estirabella”. De repente, me siento curada. Recobro las fuerzas y regreso a casa como si jamás hubiera estado enferma, quedando pasmados mi madre, el médico y cuantos lo supieron y ni siquiera nos acordamos de tomar la medicina que prescribió*¹⁵⁵.

El padre Mariano Om y Tubau manifestó: *Tenía yo un hermano llamado Pedro, el cual, de resultas de una caída, se le hizo una inflamación en los ojos, de la que quedó ciego por espacio de un año. Varios fueron los médicos que lo visitaron y muchos los medicamentos prescritos, pero sin resultado, quedando los ojos enteramente cerrados sin poderlos abrir ni a la fuerza. Recuerdo muy bien que el cirujano, doctor José Serra, probó un día abrírseles, dándole por resultado caerle una gota de sangre de uno de ellos. En tan triste estado y perdida ya la confianza en las prescripciones médicas, mi padre, como amigo de Monseñor Claret a quien le servía de sastre y valerse de él como director espiritual, le recomendó eficazmente a sus oraciones... Le dio un medicamento sencillísimo que consistía en lavarle los ojos con agua derretida en azúcar de piedra, persignándoselos varias veces. Le dijo: “Ya curarás”. En efecto, vino el Viernes Santo de 1848 y mi padre, al hacerle visitar un Monumento cercano a*

¹⁵³ Proceso, p. 173.

¹⁵⁴ Proceso, pp. 173-174.

¹⁵⁵ Proceso, p. 286.

nuestra casa, le encareció que pidiera su curación. Su petición no fue en vano. Mientras el padre Claret estaba predicando desde el púlpito de Nuestra Señora de La Merced y decía: “Cual Longinos, hay alguien que recobra la vista en virtud de la sangre de Cristo”, mi hermano, que estaba sentado en casa junto a la mesa donde cosían mi madre y hermana, exclamó de repente: “Yo veo”. Se le abrieron los ojos y quedó sano¹⁵⁶.

A veces las curaciones eran fruto de una simple bendición con la señal de la cruz. Así lo certifica José María Bocabella: *Antes de ser arzobispo, un día vino a mi casa y mi hija, que aún vive, estaba enferma de bastante gravedad. Mi madre le suplicó que subiese a verla y él se acercó a la cama, le puso la mano sobre la frente, rezó algunas oraciones y le dio la bendición. Luego se declaró la mejoría y, a los pocos días, estaba restablecida¹⁵⁷.*

En la iglesia de los padres jesuitas de La Habana, trabajando para arreglar el Monumento de Semana Santa cayó de lo alto de un andamio un mozo. Quedó tan mal parado que los médicos opinaban que moriría inmediatamente. Vino el siervo de Dios, le hizo la señal de la cruz, le puso la mano sobre la cabeza y rezó una oración, diciendo: “No muere”. Efectivamente se alivió y siguió hasta ponerse del todo sano. Esto, dice el padre Antonio Barjau, me consta por referencia de los padres Lluch, Tusquet y Peña, jesuitas todos¹⁵⁸.

g) DON DE HACER MILAGROS

No faltaron ocasiones en que Dios hizo por su intercesión milagros reales superando las fuerzas de la naturaleza.

En una ocasión, para socorrer a un hombre que llevaba tabaco en cierta cantidad dentro de un saco e iba a ser descubierto y multado por los guardias de registro que no distaban mucho, hizo el siervo de Dios, sin quitar ni poner nada en el saco, que los guardas hallaran en él habichuelas en lugar de tabaco. Pasado el peligro, volvió el hombre del tabaco a encontrar este género y no las habichuelas en su lugar. Y fuera de sí de alegría, dio cuenta del hecho maravilloso, aun a los guardias del registro¹⁵⁹.

El padre Jaime Clotet certificó que *se incendió una casa de Viladrau. Acudió la gente a apagar el fuego y también llegó el siervo de Dios. Notaron los*

¹⁵⁶ Proceso, pp. 282-283.

¹⁵⁷ Proceso de Barcelona, p. 141.

¹⁵⁸ Proceso, p. 174.

¹⁵⁹ Proceso, p. 85.

*circunstancias que, haciendo la señal de la cruz, dominaba el fuego, quedando pronto extinguido el incendio*¹⁶⁰.

*Muchos consideraron como extraordinario y sobrenatural lo que continuamente observaban en él, cuando era misionero y arzobispo, a saber, tan exorbitante trabajo y tan poquísimos descansos, y tan robusta e inquebrantable salud. Era indecible e insoportable a la flaqueza humana el peso enorme que cargó sobre el siervo de Dios: Viajes a pie por caminos escabrosos, fríos y calores, lluvias y nieves, vientos, etc., comiendo poquísimos, trabajando sin descanso y pasando la noche en fervorosa oración. Todo esto con tanta salud no se explica naturalmente*¹⁶¹.

Era un milagro viviente y solía decir: *Ahora hay que trabajar, ya descansaré en el cielo.*

6. PARA PENSAR

Hay algunas cosas de la vida de nuestro santo que nos pueden hacer pensar y quizás podemos tomarlas como ejemplo en nuestra vida. En primer lugar su gran amor a Jesús Eucaristía, de quien era sagrario viviente. Su amor a María era sobre toda ponderación. Con ella contaba para todo como un hijo que no puede vivir sin su madre. Por supuesto que también invocaba mucho a los ángeles y a los santos y, en especial, a san Miguel arcángel y a su ángel custodio.

Fue un misionero a carta cabal, sin medias tintas, dando ejemplo de austeridad y pobreza a todos. No quería llevar dinero en sus viajes y confiaba totalmente en la providencia de Dios. Era tan sacrificado en la comida y en sus actitudes personales que el mismo Jesús le dijo que enseñara eso mismo a sus discípulos. Él lo cuenta así: *Hallándome en Segovia el 4 de septiembre de 1859, a las cuatro y veinticinco de la madrugada, estando en meditación, me dijo Jesucristo: “La mortificación en la comida y bebida has de enseñar a los misioneros, Antonio”. Y la Santísima Virgen, a los pocos minutos, añadió: “Así harás fruto, Antonio”*¹⁶².

Él sufrió muchas calumnias y persecuciones de sus enemigos. Lo que más le dolía era que desconfiaban de su pureza, pues le sacaron chistes y caricaturas de sus supuestos amoríos con la reina y con una religiosa, llamada sor Patrocinio. Pero él todo lo sufría por la salvación de los pecadores. Su hermana María Claret

¹⁶⁰ Proceso, p. 224.

¹⁶¹ Proceso, p. 85.

¹⁶² A 406.

y Clará refiere que lo que más le hacía sufrir era la condenación eterna de los pecadores. Dice en el Proceso: *Dos veces distintas lo vi con una tristeza suma y que revelaba un profundo pesar. Una de ellas fue cuando, para ir a dar los santos óleos a un enfermo, al llegar a la casa no quiso la familia del enfermo que le administrase el sacramento por temor de que, impresionándose, muriera. Regresó el siervo de Dios a la casa rectoral y no había medio de consolarlo, añadiendo que después, cuando quisieran olearle, no llegarían a tiempo, como así sucedió.*

La otra vez que lo vi con una tristeza suma fue porque un fabricante tuvo el impío proyecto de hacer trabajar a la gente que tenía ocupada en su fábrica en el día de la Inmaculada Concepción, valiéndose del cebo de señalarles doble jornal. Practicó él todos los medios para impedir tamaña profanación y, al ver que no podía lograrlo, la tristeza y pesar lo absorbió y se le oía repetir a todas horas: “Trabajar en día de fiesta y precisamente en la fiesta de la Purísima Concepción”¹⁶³.

Le dolía mucho también los grandes sufrimientos que iban a venir sobre España por su infidelidad a Dios. Jesús le había anunciado que *estaba irritado contra España y que vendría una gran revolución, la reina sería destronada, se proclamaría la República, se introduciría el protestantismo y habría muchos excesos de comunismo*¹⁶⁴. Por eso, él ofreció su vida por la salvación de la patria. Dice: *Me ofrecí por víctima y el Señor se dignó aceptar mi oferta, pues sobre mí han venido toda especie de calumnias, infamias y persecuciones*¹⁶⁵.

Estaba dispuesto a morir mártir. Varias veces intentaron asesinarlo, hasta le hicieron llegar veneno en una carta y se lo pusieron en los alimentos, pero la divina providencia lo preservó. Era tan valiente que nada lo intimidaba sino que le daba más fuerza para seguir predicando y luchando por Dios y la salvación de los pecadores. Decía: *Todas mis aspiraciones han sido siempre morir en un hospital como pobre o en un cadalso como mártir o asesinado por los enemigos de la religión sacrosanta, que dichosamente profesamos y predicamos y quisiera yo sellar con mi sangre las virtudes y verdades que he predicado y enseñado*¹⁶⁶.

De hecho, murió en el destierro en Francia como un pobre perseguido hasta el mismo día de su muerte, en que llegó la policía para desterrarlo. Fue realmente un mártir, aunque no derramó toda su sangre de un golpe, sino poco a poco y, en especial, en el atentado de Holguín en Cuba.

¹⁶³ Proceso, pp. 185-186.

¹⁶⁴ Proceso, p. 84.

¹⁶⁵ Documentos autobiográficos, p. 553; Archivo claretiano I, pp. 393-397.

¹⁶⁶ A 467.

Uno de sus apostolados más eficaces fue el escribir, publicar y difundir gratuitamente miles y miles de libritos y hojas sueltas con las verdades fundamentales de nuestra fe para combatir la ignorancia religiosa de la gente. Y para continuar su obra después de su muerte, fundó la Congregación misionera *Hijo del Inmaculado Corazón de María* (claretianos) y con la Madre Antonia París *las religiosas de María Inmaculada*. Posteriormente surgieron de estas dos primeras ramas, el Instituto secular *Filiación cordimariana* y el movimiento *Seglares claretianos*.

7. PROCESO DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

El 29 de noviembre de 1888 se abrió el Proceso informativo de Vic. Se celebraron 146 sesiones y terminó el 5 de diciembre de 1890. Comprendió los procesos diocesanos de Vic, Tarragona, Madrid, Barcelona, Lérida y Carcasona.

El 13 de junio de 1897 fueron trasladados sus restos mortales del monasterio cisterciense de Fontfroide (Francia) a la iglesia de la Merced de Vic, junto a la Casa Madre de la Congregación claretiana. En 1970 fueron trasladados al nuevo santuario erigido en su honor en Vic.

El 17 de marzo de 1902 se abrió el Proceso apostólico en Vic. Se tuvieron 53 sesiones, que terminaron el 26 de junio de 1902. El 18 de febrero de 1934 se aprobaron los dos milagros para la beatificación. El 25 de febrero de 1934, Pío XI en la basílica de San Pedro del Vaticano, celebró con gran esplendor la beatificación de Antonio María Claret. Este Papa lo nombró apóstol de la buena prensa.

El 12 de enero de 1950 fueron aprobados los dos milagros para su canonización. El 7 de mayo de 1950, Pío XII lo canonizó en la basílica vaticana. Este día dijo el Papa Pío XII estas palabras: *Pequeño de cuerpo, pero de espíritu gigante. De apariencia modesta, pero capacísimo de imponer respeto, incluso a los grandes de la tierra. Fuerte de carácter, pero con la suave dulzura de quien sabe poner el freno de la austeridad y la penitencia. Siempre en la presencia de Dios, aun en medio de su prodigiosa actividad exterior. Calumniado y admirado, festejado y perseguido. Y entre tantas maravillas, como luz suave que todo lo ilumina, su devoción a la Madre de Dios.*

CRONOLOGÍA

- 1807.- Nace en Sallent (Barcelona - España) el 23 de diciembre y es bautizado el 25. Recibe los nombres de Antonio, Adjutorio y Juan. Sus padres se llamaban Juan Claret y Josefa Clará.
- 1813.- Piensa en la eternidad y en el destino de los pecadores: siempre, siempre.
- 1814.- El 12 de diciembre recibe la confirmación en su pueblo natal, de manos de Don Félix Amat, arzobispo de Palmira.
- 1817.- Recibe la primera comunión. Se aviva en su corazón el amor a la Eucaristía y la tierna devoción a la Virgen.
- 1819.- Siente la llamada a la vida sacerdotal, que de momento no puede seguir. Trabaja de aprendiz en el taller de su padre.
- 1825.- Marcha a Barcelona a perfeccionarse en el arte textil, en el que hace grandes progresos.
- 1827.- Se libra de la tentación de una mala mujer. Es traicionado por un amigo infiel.
- 1828.- La Virgen le salva de morir ahogado en La Barceloneta. Se convierte totalmente al Señor, al evocar las palabras del Evangelio. *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?*
- 1829.- El 29 de setiembre ingresa en el Seminario de Vic.
- 1830.- Quiere entrar en la cartuja de Monte Alegre, pero se lo impide la falta de salud.
- 1831.- Sufre una fuerte tentación contra la castidad. Se le aparece la Virgen y consigue la victoria.
- 1835.- El 13 de junio recibe la ordenación sacerdotal en Solsona.
- 1835-1838.- Ocupa los cargos de vicario y ecónomo en la iglesia de Santa María de Sallent.
- 1839.- A finales de setiembre, encendido en ardor misionero, viaja a Roma para entregarse a *Propaganda Fide*. Al no poder conseguirlo inmediatamente, ingresa en el noviciado de los jesuitas.

- 1840.- A primeros de marzo abandona el noviciado por enfermedad. Regresa a España y es nombrado regente en la parroquia de Viladrau.
- 1841.- Exonerado de la parroquia, se dedica a misionar por toda Cataluña. El 9 de julio recibe el título de *Misionero Apostólico*.
- 1842.- Es nombrado vicario de San Juan de Oló.
- 1843-1847.- Predica misiones multitudinarias en Barcelona, Mataró, Villanueva y la Geltrú, Tarragona, Lérida, Vic y otros muchos pueblos y ciudades. Publica el devocionario *Camino recto*.
- 1847.- Funda la editorial y distribuidora *Librería Religiosa* con sus amigos Caixal y Palau. Funda la Archicofradía en Vic y escribe los estatutos de la Hermandad del Corazón de María, formada por sacerdotes y seculares, hombres y mujeres.
- 1848.- Misiona en las Islas Canarias.
- 1849.- El 16 de julio funda en Vic la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, con los Padres Sala, Vilaró, Xifré, Fábregas y Clotet. El 4 de agosto es nombrado arzobispo de Santiago de Cuba. Acepta el nombramiento el 4 de octubre del mismo año.
- 1850.- El 6 de octubre recibe la ordenación episcopal en Vic, recibiendo el palio en Madrid el 20 del mismo mes y año. El 28 de diciembre se embarca rumbo a Cuba con un grupo de misioneros.
- 1851-1855.- Realiza una intensa actividad misionera en su diócesis: reforma del Seminario y del clero, moralización y promoción social del pueblo, propaganda religiosa extraordinaria. Con la Madre María Antonia París, funda las Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas, el 25 de agosto de 1855.
- 1856.- El 1º de febrero sufre un atentado sangriento en Holguín. Salva la vida milagrosamente.
- 1857.- El 18 de marzo recibe comunicación de la reina de España para que se traslade a Madrid. Deja la isla el 12 de abril. El 5 de junio recibe el nombramiento de confesor de Isabel II.

- 1858.- Funda la Academia de San Miguel: asociación de seculares, formada por escritores, artistas y propagandistas para renovar las estructuras de la sociedad.
- 1859.- El 3 de mayo es nombrado protector del hospital de Montserrat, en Madrid. El 5 de agosto recibe el nombramiento de presidente del Real monasterio de El Escorial.
- 1860.- El 13 de julio es preconizado arzobispo de Trajanópolis *in partibus infidelium*.
- 1861.- El 26 de agosto recibe la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales de una comunión a otra.
- 1862.- En julio preside el segundo capítulo general de sus Misioneros en Vic. En otoño viaja con la reina por Andalucía y Murcia. El 6 de diciembre la Virgen le dice que tiene que propagar la devoción al rosario.
- 1864.- En julio preside el tercer capítulo general de sus Misioneros. Funda bibliotecas populares y parroquiales.
- 1865.- En julio, tras el reconocimiento del Reino de Italia por Isabel II, abandona a la reina y viaja a Cataluña, camino de Roma. El 4 de noviembre llega a Roma. El 7 le recibe en audiencia Pío IX, quien le manda regresar a España. En diciembre vuelve a ejercer su cargo de confesor real.
- 1866-1867.- Realiza varios viajes por Vascongadas, Portugal y Extremadura.
- 1868.- En mayo presenta la renuncia al cargo de presidente de El Escorial. La reina lo acepta el 22 de junio. Estalla la revolución de setiembre y se autoexilia con la reina en Francia: Pau y París.
- 1869.- Funda en París las Conferencias de la Sagrada Familia para atender a españoles y latinoamericanos emigrantes y exiliados. A finales de marzo decide separarse de la Corte y emprende viaje a Roma, hospedándose en el convento de los mercedarios. El 8 de diciembre asiste a la apertura del concilio Vaticano I.
- 1870.- El 31 de mayo pronuncia un discurso sobre la infalibilidad pontificia en el aula conciliar, situada en la basílica de San Pedro. El 23 de julio, una vez interrumpido el concilio, se traslada a Prades (Francia) con sus misioneros. Al ser perseguido, se refugia en el monasterio cisterciense de Fontfroide, donde cae enfermo. El 8 de octubre recibe los últimos

sacramentos y hace la profesión religiosa en su Congregación, en manos del Superior general, Padre José Xifré. El 24, atendido por el siervo de Dios Padre Jaime Clotet, muere santamente en aquel monasterio, donde recibe piadosa sepultura.

1887.- Se inicia el proceso informativo para su beatificación.

1897.- El 13 de junio se trasladan los restos a Vic, a la iglesia claretiana de la Merced.

1934.- El 25 de febrero se celebra la ceremonia de la beatificación.

1950.- El 7 de mayo es canonizado por Pío XII.

1970.- Se trasladan sus restos al nuevo santuario erigido en su honor en Vic.

